
BOLSILIBROS BRUGUERA
SE
Selección
TERROR
CLARK CARRADOS
"SHOCK"


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

246 — Han llegado los espectros, *Ralph Barby*.
247 — La doble vida de John Parr, *Clark Carrados*.
248 — Club para gente encantadora, *Lou Carrigan*.
249 — La noche del Diablo, *Burton Hare*.
250 — La roja sed del vampiro, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

SH0CK

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 251
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.322 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La chica yacía en la cama, completamente inmóvil, los ojos muy -abiertos y las manos a lo largo de los costados. Estaba terriblemente pálida y la única señal de vida que se advertía en su cuerpo era el del pecho al alzarse y descender en el ritmo de la respiración, más lenta de lo habitual.

El doctor Cartford entró, seguido de una enfermera, y se aproximó a la paciente. Se inclinó sobre ella y examinó sus pupilas con gran atención. Luego la auscultó y finalmente le tomó el pulso. Cuando terminaba sus operaciones, entraron dos hombres en la habitación.

Cartford se volvió en el acto.

—Ah, inspector Bernell —saludó.

—Hola, doctor —dijo el aludido—. Le presento a mi ayudante, el sargento detective Alan Singer.

—¿Doctor? —murmuró el sargento.

Bernell dio un par de pasos hacia la cama.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Lo mismo que el primer día y aun diría, que peor —respondió Cartford sin titubeos—. No habla, no responde a los estímulos... Si está viva es porque la alimentamos, pero no porque ella haga el menor esfuerzo por comer. Naturalmente, la alimentación es por son-das e intravenosa..., pero, aun así, si no reacciona, mucho me temo que suceda lo peor.

—¿Usted cree?

Cartford hizo un movimiento con la cabeza.

—Las pulsaciones no pasan de sesenta al minuto y el primer día rebasaban las ochenta. En los diez días que lleva internada en la clínica, ese ritmo ha ido decreciendo gradualmente, lo mismo que el de la respiración. Al ingresar, hacía de dieciséis a dieciocho inspiraciones por minuto. Ahora está en las once... y los ritmos siguen siendo decrecientes.

—En tal caso, un día, pese a todos los esfuerzos, puede, simplemente, morir porque no respire ni su corazón siga latiendo.

—A menos que ella reaccione, sí, creo que eso será lo que acabe por pasar —confirmó Cartford con pesimismo. Y añadió—: Esta pobre muchacha debió de sufrir un shock espantoso. Ya no cabe la menor duda de que vio algo horripilante, algo que no podemos imaginar siquiera y que ha paralizado por completo su mente. Ni aun con procedimientos hipnóticos hemos conseguido hacer que recuerde lo ocurrido.

El inspector Bernell frunció el ceño.

—Resulta incomprensible, en efecto —convino—. Tanto más, cuanto que no se encontró en su cuerpo la menor señal de violencia, ¿no es así?

—Cierto. Nadie la atacó ni fue objeto de un asalto sexual... Vio algo horrible y cayó en este estado, eso es todo lo que puedo decir.

Bernell y Singer miraron con simpatía a la paciente, cuyos largos cabellos

rubios se esparcían sobre la almohada. Era una muchacha muy bonita y daba verdadera pena. Para Singer, era la clase de chica con la que le hubiera gustado correr por el campo, sobre los prados esmaltados de flores, los abejorros zumbando en la cálida atmósfera y el riachuelo de frescas aguas deslizándose murmurante en las inmediaciones. Ahora era una sombra de sí misma, pálida, casi transparente, poco más que un deprimente montoncito de piel y huesos.

—Si supiéramos lo que vio... —murmuró Bernell.

—Quizá consiguiéramos curarla... —dijo Cartford—. Pero lo veo muy difícil.

El inspector sacó una libreta de notas y consultó una de sus páginas.

—Creo que tendremos que investigar —dijo—. Alan, ¿querría encargarse del caso? —consultó a su ayudante.

—Claro, jefe —contestó en el acto el interpelado.

—Haremos lo que podamos, doctor —dijo Bernell—.

Nos tendremos mutuamente informados, si le parece bien,

—Excelente —aprobó el galeno.

—Vámonos, Alan.

Los dos policías salieron del cuarto. En el pasillo del hospital, Bernell arrancó la hoja que acababa de consultar y se la entregó a su ayudante.

—Usted ya conoce los pormenores, es decir, todo lo que nos han informado hasta el presente, pero creo que estos apuntes pueden resultarle útiles —dijo.

—Sí, señor. Jefe, perdón, pero se me ha ocurrido una idea...

Bernell miró a su ayudante.

—Alan, no se calle —sonrió.

—Es que... incluso a mí mismo me parece disparatada, señor.

—Muchacho, llevo como veinte años más que usted en el Yard y, créame, hasta las cosas que parecen más disparatadas, han resultado ser reales. Vamos, ¿qué iba a decir?

—La chica...,_ esto es, Betty Thomas, fue encontrada en las inmediaciones de la carretera que va de Spotter Hall a Thrigham. Hay marismas, pantanos de nada agradable apariencia... ¿Vería quizá algún animal desusado?

Bernell se puso rígido.

—Tal vez una serpiente un poco mayor que las demás, algún ejemplar viejo que, precisamente por su edad, ha alcanzado un tamaño insólito —contestó'—. Pero fuera de eso y de las aves acuáticas, ¿qué otra cosa pudo ver? La comarca no tiene un ambiente precisamente tropical, por lo que un saurio debe quedar excluido. Tal vez, si se hubiese escapado de un circo..., pero los circos no llevan cocodrilos en sus atracciones.

—Sí, es cierto. —Singer sonrió—. Era una posibilidad que se me había ocurrido, señor.

—A mí se me ha ocurrido otra, Alan.

Bernell sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno al joven. Ya estaban

fuera del hospital y podían fumar.

—La verdad, nunca faltan tipos bromistas que disfrutan asustando a la gente, disfrazándose con una sábana y una calabaza hueca, con una linterna en su interior... Si Betty se topó con uno de esos sujetos, es posible que, dado el lugar, el ambiente y tal vez la hora, recibió un susto mortal, que la ha llevado a la situación en que se encuentra. —La voz de Bernell se endureció repentinamente—. Tengo una hoja de servicios muy limpia, pero no me importaría una anotación en ella por malos tratos a un ciudadano. ¡Le aseguro que si me encontrase con ese tipo, le iba a dar un buen puntapié en la entrepierna!

Singer sonrió al percibir el nada disimulado estallido de cólera de su superior. Sí, en cierto modo, si el incidente se había desarrollado como suponía el inspector, era para arriesgar la mala nota en el expediente personal.

—Haré lo que pueda —dijo.

Bernell abrió la portezuela del coche.

—Tiene usted carta blanca —decretó.

* * *

El coche se detuvo ante el caserón solitario y su única ocupante contempló el edificio durante unos segundos, antes de decidirse a poner el pie en el suelo. Carol Endicott se preguntó si habría hecho bien refugiándose en aquel lugar en el que, presumiblemente, no la encontrarían con facilidad.

La casa era de piedra, casi negra ya por el paso de los años, de planta y primer piso, con tejado a dos aguas, pero, pese a la antigüedad evidente, ofrecía un buen aspecto de conservación. Carol sabía que su dueña la había habitado hasta el instante del fallecimiento, sucedido algunos meses antes.

En el bolso tenía la llave, que le había entregado el abogado de la difunta, junto con los títulos de propiedad y un par de miles de libras esterlinas, único capital que había quedado después de pagar los gastos de testamentaría y los impuestos sucesorios. Para Carol, que un par de semanas antes no esperaba en absoluto la herencia, aquella suma representaba lo suficiente para poder sobrevivir una larga temporada en aquel retiro.

Lo único desagradable era el olor que llegaba del no lejano pantano. Por fortuna, no era muy intenso y, además, confiaba en que el aire soplaría en algunas ocasiones en otra dirección. Pero, en todo caso, y pensando en lo que acababa de abandonar en Londres, aquella tenue fetidez casi le pareció aroma de flores silvestres.

Carol suspiró y¡, armándose de valor, avanzó hacia la casa. Era una muchacha alta, esbelta y parecía delgada incluso, hasta que se la veía más de cerca y se la observaba con todo detalle. Tenía el pelo corto, de color bronce, y parecía que llevaba puesto, un casquete metálico. Los ojos eran grises, rasgados y penetrantes. Ahora vestía una sencilla chaqueta y pantalones de amplias perneras, de color azul oscuro.

Al insertar la llave en la puerta de recios cuarterones de roble, pensó con simpatía en tía Henrietta, la única que le había quedado hasta hacía muy poco. Tía Henrietta y su madre habían sido primas, descendientes de dos hermanas, pero Carol no había tenido relación apenas con la fallecida. Desde que tenía siete u ocho años, lo cual le hacía conservar el vago recuerdo de una persona ya mayor, de cabellos blancos y abundantes y vestida de una forma muy anticuada, rio había vuelto a verla. Y ya hacía de aquello más de quince años.

Las bisagras de la puerta chirriaron al girar. El aire del interior de la casa olía a cerrado. Pero la decoración, por muy pasada de moda que pudiera parecer, le agradó sobremanera.

Minutos más tarde, Carol había recorrido ya el interior del caserón, también en perfecto estado. En la cocina divisó una vieja nevera v la conectó a la corriente. El aparato empezó a funcionar en el acto. Luego traería las provisiones que había comprado en abundancia en un gran hipermercado que había encontrado a su paso, a unas treinta millas. En el coche había casi doscientos kilos de provisiones de todas clases. Durante unos días, al menos, permanecería enclaustrada, con el intervalo de algunos paseos por los alrededores, pero sin alejarse de la casa, ya que no conocía bien la zona. Más adelante sería llegado el momento de acercarse a Thrigham y reponer las provisiones.

Carol esperaba pasarlo relativamente bien en su retiro, sobre todo, al encontrar una biblioteca con un par de millares de volúmenes. La leñera estaba a tope de troncos y, por las noches, podía encender el fuego si la temperatura descendía considerablemente.

Por último, y aunque esperaba no tener que usarlo, había llevado consigo un pequeño revólver de cinco tiros. En aquella soledad, se dijo, no se sabía lo que podía suceder y un arma siempre era un elemento que infundía tranquilidad a una chica que iba a vivir sola una buena temporada.

Para Carol, el resto del día transcurrió rápidamente, mientras se acomodaba en la casa. Además de las provisiones, había llevado consigo abundante ropa, de modo que en algún tiempo no necesitaría reponer su vestuario. Mentalmente, felicitó a la difunta tía Henrietta, por haber estado en todo momento al corriente en el pago de la luz. Así pudo encender el calentador eléctrico, que le serviría para su baño matinal apenas despertase al día siguiente.

En el gran salón hizo un descubrimiento que la hizo sentirse todavía más confortada. Sobre la repisa de la chimenea había una escopeta que, en un principio, le pareció de adorno. Al examinarla con más atención, vio que funcionaba perfectamente. Había una gran consola en uno de los rincones y examinó sus cajones con todo detenimiento, hasta encontrar una caja de cartuchos. Puso dos en las recámaras y volvió el arma a sus so-portes.

Cuando terminó, era ya noche cerrada. En la cocina se preparó una cena ligera, que acompañó con unos sorbos de té. El silencio resultaba impresionante, pero, habituada al estrépito de la gran urbe, empezó a notar

que sus nervios se relajaban. No, allí no la encontrarían, se dijo.

Después de cenar, buscó un libro en la biblioteca. Cuando hubo encontrado uno con un tema de su agrado, subió al primer piso y se metió en el dormitorio. Después de desvestirse, hizo todavía una ronda por la casa, cerrando cuidadosamente todos los postigos. Finalmente, apagó las luces, dejando solamente una en el vestíbulo, y volvió a la alcoba. Se quitó la bata, sacudió las zapatillas de los pies y se metió en la cama.

Leyó durante una hora, aproximadamente. Al fin, sintió que el sueño la vencía. El día había sido bastante agitado.

Apagó la luz y cerró los ojos. Antes de un minuto estaba profundamente dormida.

CAPITULO II

El sargento Singer llegó a Thrigham aquella misma tarde y detuvo su coche ante lo que parecía ser el único alojamiento de la aldea. Era una posada, con taberna, que tenía el aparatoso título de Las Tres Águilas de Plata. Singer abrió la puerta y se detuvo unos segundos en el umbral.

Una docena de rostros se volvieron en el acto hacia él. Singer apreció en el acto un inconfundible aura de hostilidad. A los habitantes de Thrigham, por lo visto, no le agradaban los forasteros.

Detrás del mostrador había una robusta mujer, de grandes pechos y rostro redondo y rubicundo. El pelo era negro, lo mismo que sus ojos, clavados casi hipnóticamente en el rostro del forastero.

Singer avanzó hacia el mostrador, sonriendo cortésmente.

—Buenas tardes, señora —saludó—. ¿Puede decirme si hay alguna habitación disponible? En el supuesto de que sea usted la dueña...

—Lo soy —respondió ella—. Mi nombre es Martha Cossidy.

—Me llamo Singer, Alan Singer, señora. Pienso pasar aquí unos días y...

—Vaya a buscar el equipaje, señor Singer.

El sargento asintió y volvió a salir. Martha le acompañó momentos más tarde al primer piso y le enseñó la habitación, grande, cómoda y limpia.

—Una libra diaria, comidas aparte —dijo.

—Me agrada, señora —declaró el forastero. Singer decidió que no valía la pena ocultar su identidad v sacó la billetera con la documentación—. Señora Cossidy, soy sargento de detectives, de Scotland Yard. Mis superiores me han enviado aquí para investigar lo que le sucedió a una chica hace algo más de diez días.

—Ah, Betty Thomas —Exclamó Martha—. Lo recuerdo perfectamente, aunque yo no la vi... Pero esa chica no debió haberlo molestado.

Singer levantó las cejas.

—¿A quién no debía haber molestado? —preguntó.

—Vive en el pantano —contestó la posadera—. Pero será mejor que hable con el viejo Skipp Veurne. Él fue quien la encontró sin conocimiento...

—¿Dónde puedo hablar con el señor Veurne?

Martha apoyó la mano en el tirador de la puerta.

—Está abajo, en la taberna. Yo se lo enseñaré, sargento.

—Gracias, señora. Ah, por favor, de momento no diga que soy policía. Ya habrá tiempo de que se divulgue la noticia. Por supuesto, a usted no podía ocultárselo —añadió Singer, halagador.

Martha suavizó su gesto adusto.

—Conforme —respondió.

Singer se quedó solo y empezó a pensar en las palabras pronunciadas por la señora Cossidy. ¿A quién no debía haber molestado la infortunada Betty Thomas?

En mangas de camisa, abrió su maleta y distribuyó su ropa interior por los cajones de la cómoda. Luego se aseó un poco. Al terminar, consultó su reloj. Ya no tardaría mucho en ser hora de cenar.

Bajó a la taberna. La mitad de los clientes se habían marchado ya. En una mesa, aislado, solitario, vio a un hombre. Martha le hizo señas con la cabeza. Aquél era Skipp Veurne. A Singer le pareció menos viejo de lo que había dado a entender la dueña de la posada. Claro que la barba de una semana, con abundantes pelos blancos, v la ropa poco aseada y hasta remendada, no contribuían precisamente a darle la apariencia de un jovenzuelo. La nariz era ganchuda, de pico de loro, y los ojos eran menudos, recelosos y movedizos.

La jarra de cerveza que Veurne tenía delante estaba vacía. Singer hizo una seña a la señora Cossidy y ella entendió de inmediato,

—Señor Veurne —dijo, todavía en pie ante la mesa.

El hombre le miró en silencio.

—Me llamo Singer. ¿Puedo hablar con usted? —consultó el sargento.

Veurne movió una mano, de dedos delgados y largos, casi sarmentosa. Martha llegó en aquel momento con las dos jarras.

—Invita el señor Singer —anunció.

—Entonces, añade un doble de ginebra, Martha.

La voz de Veurne era rasposa. Parecía salir de una garganta forrada con lija de grano de máximo grosor.

—Sí, Skipp.

Singer había tomado ya asiento.

—Se trata de la chica que usted encontró en mal estado hará doce días aproximadamente —dijo.

Veurne asintió. Singer esperó a que Martha volviese con la ginebra, que vertió disertamente sobre la jarra de cerveza. Veurne se bebió la mitad de un trago, sin pestañear, y luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—La recuerdo —habló finalmente.

—¿Y...?

—¿Qué interés tiene usted en esa joven, señor Singer?

—Deseo averiguar todo lo relacionado con ella y con lo que le sucedió a cosa de dos millas de Thrigham.

De nuevo se produjo otra pausa. Singer creyó comprender y sacó algunos billetes. Probablemente, pensó, Veurne era un tipo que vivía a salto de mata. Incluso podían cazar furtivamente. Desempeñaría los más variados oficios a cambio de algunas monedas, una comida... y viviría en una cabaña con techo de paja y suelo de turba.

—Esa chica y su amigo no debieron haberlo molestado —dijo Veurne pasado casi medio minuto.

Singer respingó. Era la primera vez que alguien mencionaba a un posible acompañante de Betty Thomas. Hasta entonces, nadie había dicho nada al respecto.

—¿Un amigo? —repitió.

—Sí. Yo los vi aquella misma tarde. Bueno, era poco más de mediodía. . Ellos estaban en un prado, con una radio portátil y algo de comida y bebida, más bebida que comida. Se divertían mucho, créame. Incluso llegaron a desnudarse...

Singer se imaginó al sujeto, oculto tras unos matorrales, contemplando en silencio la escena y relamiéndose al ver a Betty quitándose una tras otra todas sus prendas de vestir.

—¿Y bien? —preguntó

—Bueno, después de desnudarse, empezaron a revolcarse por el suelo, pero ella se separó a los pocos minutos. Estaba muy enfadada y le dijo al chico que no era hombre ni nada que lo pareciese.

«No había señales de ataque sexual», recordó Singer. Por tanto, el acto carnal no había llegado a consumarse. ¿Acaso el acompañante de Betty padecía de impotencia?

—Siga, se lo ruego.

—Está bien, el chico le pidió perdón y le dijo que..., bueno, no escuché todo bien, pero ella pareció calmarse, aunque, desde luego, ya no volvieron a tocarse ni las puntas de los dedos. En vista de que aquello ya no tenía interés, yo me disponía ya a marcharme, cuan-do oí decir al chico que por qué no se acercaban a la ciénaga. Betty no quería, pero el fulano, para hacerse valiente en algo, ya que había fracasado haciendo el amor, insistió tanto, que llegó a convencerla. La verdad, no quise que me vieran; el chico podrá ser impotente, pero tiene unos músculos bien proporcionados y podría fácilmente haberme dado una buena paliza, sin que yo le despeinase siquiera. ¿Lo comprende?

Singer sonrió. Sí, aquel muchacho, seguramente, quería mostrarse valeroso en otro aspecto, para no defraudar a Betty completamente.

—Usted habló antes de lo que vive en el pantano, señor Veurne —dijo el sargento—. ¿Qué es?

Veurne se encogió de hombros.

—Nadie lo ha visto jamás y aquí, en Thrigham, procuramos no molestar al ser que habita en aquellos parajes —respondió.

Luego, se dijo Singer, seguirían hablando de aquel misterioso ser. Por el momento le interesaba más conocer los detalles de lo ocurrido después del frustrado encuentro sexual.

—Continúe, se lo ruego.

—La verdad, yo me marché. El chico reía, forzadamente, a mi entender, aunque la verdad es que después de su fracaso, se había tomado dos buenos tragos. Agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella. Al cabo de unos diez minutos, escuché un horrible grito. Yo me dije: «Ya lo ha conseguido, el muy idiota», y aunque, ciertamente, no me gustaba mucho, volví sobre mis pasos. Entonces fue cuando encontré a la chica tendida en la hierba, a unos doscientos metros del lugar donde la había visto con su acompañante.

—¿Qué fue del muchacho?

—Se largó cobardemente.

—¿Se marchó? —preguntó Singer, sorprendido.

—Así, como lo oye. Nada, ni valor como hombre ni lo otro... Oiga, con todos los respetos para esa pobre chica, si me encuentra a mí hace veinte años, le hubiera hecho saber qué es un «hombre» de veras. Pero aquel estúpido... Lo curioso del caso es que no dejó nada; se lo llevó todo.

—¿Qué es lo que se llevó?

—Hombre, los restos de la merienda, los cacharros, la radio a pilas, la manta... No se dejó ni una miga, oiga.

—Eso quiere decir que habían llegado en coche.

—Sí, un «Mini» rojo guinda. Pero no puedo decirle la matrícula, soy muy malo para los números... Sólo me acuerdo de las tres letras primeras: WNZ. Debió escapar como si lo persiguiese el diablo.

—Por favor, ¿quiere describirme al muchacho?

—Desde luego, era un atleta. Alto, muy ancho de hombros..., sí, medía algo más de seis pies y era muy rubio, con ojos azules...

Singer tomaba notas apresuradamente, mientras Veurne seguía charlando. Al inspector Bernell le gustaría conocer la existencia de un acompañante de Betty, el cual, por lo que se sabía, no había dado señales de vida una sola vez en todo el tiempo que la chica llevaba internada en el hospital.

—De modo que el chico se marchó. ¿Qué edad le calcula usted?

—Menos de veinticinco años, dos o tres más que ella.

—Bien, señor Veurne, y ahora, por favor, hábleme del ser que vive en la ciénaga.

El sujeto asintió. Levantó la jarra y terminó de vaciarla. Después de limpiarse los labios, abrió la boca, pero antes de pronunciar una sola palabra, se venció hacia adelante en la mesa.

Singer se quedó estupefacto. Martha se acercó, con el ceño fruncido.

—La ginebra le sienta como un tiro, pero él no quiere hacer caso... —se quejó—, Luego se despertará, pero resultará tan inservible como una colilla... La cena estará servida dentro de diez minutos, señor Singer.

El sargento asintió.

—Muy bien, señora Cossidy. Por favor, ¿puede indicarme dónde está el teléfono?

—Al otro lado de aquella puerta —respondió la mujer.

Un par de minutos más tarde, Singer estaba hablando con su jefe. Después de emitir su informe acerca del acompañante de Betty, añadió su descripción:

—Unos veinticinco años, algo más de seis pies, fornido, atlético, muy rubio; al parecer, aficionado a los deportes... Su coche es un «Mini» rojo, cuya matrícula empieza por las letras WNZ, aunque no puedo añadir ningún guarismo... El vio la cosa, ser o bestia o lo que sea, origen del shock de la chica... Añadiré también el detalle de su impotencia, aunque puede que sea homosexual y tal vez, para no quedar mal delante de Betty, intentó hacer el amor con ella, pero fracasó. Puede ser un dato de importancia.

—Sí, seguro. Gracias, Alan; téngame al corriente de cualquier novedad.

—Si encuentran al atleta, llévenlo ante Betty. Quizá su presencia sirva de revulsivo para salir del shock.

—Posiblemente.

Singer colgó el teléfono y se encaminó hacia el pequeño comedor de la posada. Veurne seguía en la misma postura. Sonriendo comprensivamente, Singer se sentó ante una de las mesas y esperó a que la señora Cossidy trajese la sopa.

CAPITULO III

Los dos hombres se detuvieron a unos cien pasos de la mole oscura que era la casa deshabitada hasta aquella tarde. Ere ya de noche cerrada y acababan de apagarse las últimas luces.

Rex Crogan soltó una risita.

—Bueno, quizá encontremos algo —dijo. Era de mediana estatura, muy rubio, casi albino, con el pelo abundante revuelto y grasiento, lo mismo que las ropas que vestía, de las que se desprendía un repulsivo olor corporal, que indicaba la escasa afición que su dueño sentía por la higiene.

A su lado, Hal Drowe, un poco más alto, delgado, pelo castaño y la boca torcida, tenía las manos metidas en los bolsillos de la cazadora de sarga que vestía. El cigarrillo a medio consumir pendía justamente del lado torcido de su boca. Durante el día, se podían ver sus ojos, malignos y saltones. Ahora, con la mano derecha, acariciaba el mango de la navaja automática que no le abandonaba un solo instante.

—Encontraremos algo —aseguró Drowe—. La vieja era muy rica. En alguna parte hay un buen paquete de dinero.

—¿Y si lo tenía en el Banco?

—Esa clase de personas siempre guardan una fortunita en casa, en algún mueble viejo, una consola, un escritorio... Y, además, quizá encontremos también joyas.

—Si tú lo dices...

—Lo digo, Rex.

Drowe escupió la colilla y dejó que chisporrotease entre la hierba húmeda. Tanto él como su amigo estaban con los bolsillos completamente limpios, pero lo peor de todo era que no veían la forma de llenarlos. El trabajo les horrorizaba, pero, al mismo tiempo, no eran lo suficientemente osados para procurarse una pistola y empezar a atracar comercios y gasolineras.

—Si encontramos dinero, nos largaremos de Thrigham para siempre —añadió Drowe tras una ligera pausa—, Eh, ¿qué te parece?

—Muy bien, pero ¿adónde iremos, Hal?

—Adónde iremos, adónde iremos... —repitió Drowe despectivamente—. Rex, no tienes imaginación. Con dinero abundante, ¿dónde se está mejor que en Londres? —¿Y después?

Drowe alzó los ojos al cielo estrellado, como poniéndolo por testigo de la nulidad que era el hombre que tenía a su lado. Le hubiera gustado contar con un acompañante más resuelto y de mayor inteligencia, pero era imposible. No había otro en la aldea como Rex, pero el instinto hacía saber a Drowe que tampoco otro se subordinaría a él de una manera tan absoluta.

—Después nos largaremos a Londres —dijo, tras una corta pausa—. Con el dinero que saquemos de esa casa, y más si encontramos joyas, nos daremos la buena vida durante una temporada, a la vez que exploramos el campo...

—El campo —repitió Crogan—. Ya estamos en el campo, ¿no?

—Idiota. Me refería a aprender a desenvolvernos en la capital. Un día, tendré mi propia banda y daremos grandes golpes...

Drowe se veía ya jefe de una pandilla, terror de Londres, siempre con un par de rubias a los lados, fumando constantemente gruesos habanos y con un subordinado al lado, presto a llenarle la copa al menor ademán. Pero no podían llegar a Londres hechos unos pordioseros; la gente se reiría de ellos y Drowe quería aparecer como un potentado, a fin de causar buena impresión desde el primer momento.

A su lado, Crogan sacó un cigarrillo y se dispuso a encenderlo. Drowe se lo tiró de un manotazo.

—Animal —le apostrofó—. ¿Quieres que nos vean?

—Tú has venido fumando —se defendió Crogan.

—¿Y qué? Para eso soy el jefe, ¿no? Hal, si no haces exactamente lo que yo te mande, aparte de que lo pasarás muy mal, nunca llegarás a ser nada en esta vida. Tú hazme caso y verás cómo un día vuelves al pueblo con un coche así de largo y un chófer negro.

—Y una rubia con buenos pechos al lado —dijo Crogan con una risita.

—Una rubia con pechos como melones —rió Drowe.

Transcurrió un largo rato. Al fin, Drowe alargó el brazo izquierdo.

—Maldición, he olvidado el reloj en casa —se lamentó.

Crogan no quiso decir nada. A su compañero le gustaba presumir. La verdad era que dos días antes Hal había vendido su reloj por media libra, para poder tomarse un par de tragos.

—Son las once y media —dijo.

—Bueno, creo que ya es hora. Vamos allá.

Los dos sujetos echaron a andar. Ninguno de ellos pasaba del cuarto de siglo. En los últimos tiempos, el máximo esfuerzo que habían hecho para ganarse unas libras honradamente consistía en una semana de empleo en la gasolinera que había a la entrada de Thrigham. Aunque el tránsito no era excesivo, el servicio había resultado pésimo y las quejas tantas como clientes en aquellos siete días, por lo que el propietario, harto e incluso sospechando que las liquidaciones que le entregaba la pareja eran deficitarias, los había despedido con viento fresco.

—El día que Thrigham se quede sin vosotros, pareja de vagos, será considerado como de fiesta —había dicho el irritado dueño de la gasolinera.

Crogan le había sacado la lengua en señal de burla. Drowe había hecho un gesto obsceno, con la mano en el hueco del brazo izquierdo, levantado y con el índice estirado, a la vez que emitía duras críticas acerca de la honradez de la madre del patrón. Una recia llave inglesa había volado por los aires, pero los dos sujetos tenían buenas piernas y el proyectil había quedado inofensivamente corto.

Ahora, frente al gran portalón de la casa a la que acababa de llegar Carol, estaban dispuestos a resolver sus problemas económicos de una vez para

siempre.

Drowe palmeó la espalda de su compinche.

—Ya verán esos paletos... Dentro de unos años, vendremos con nuestros coches de lujo... Compraremos la mitad de la aldea... o quizá toda. Hal...

Crogan soltó una risita estúpida. Luego dijo algo sensato:

—Bien, ¿y cómo entramos? La puerta es muy recia...

—Sígueme —dijo Crogan.

Caminó hacia su izquierda y se detuvo ante una ventana, con sólidos postigos de madera. Sacó la navaja y empezó a hurgar en el pestillo.

Una madera crujió sonoramente de pronto.

—Maldición, has hecho ruido —dijo Crogan.

—Ya lo sé, pero ella duerme en una habitación de arriba...

—Hal, la he visto. Es muy guapa. ¿Qué te parece si...?

—No seas tonto, no te compliques la vida con una violación. Lo que nos interesa es el dinero. Ya tendrás .tiempo de sobra de buscarte una mujer guapa.

El crujido se repitió. Arriba, en su dormitorio, Carol, súbitamente despierta, escuchó con gran atención.

Alguien pretendía entrar en la casa. Ahora oía voces, cuchicheos...

Dos hombres, dedujo inmediatamente. ¿Sería...?

No, imposible, no podía haber averiguado su escondite tan pronto. Además, habría empezado por aporrear la puerta, sin importarle el ruido. Seguramente, pensó mientras abandonaba la cama sigilosamente, se trataba de unos ladronzuelos, unos amigos de lo ajeno, para los cuales, algunas de las cosas que había en el caserón podían representar un buen botín.

Encendió solamente una lámpara. Dejando la puerta del dormitorio abierta, inició el descenso. Aquel ligero resplandor era suficiente para ver sin dificultades. Al llegar al salón, descolgó la escopeta.

—Un tiro al aire para asustarlos... y otro a las piernas si no se asustan... —murmuró mientras se situaba frente a la ventana de la que procedían los ruidos sospechosos.

Repentinamente, se oyó un alarido espantoso.

A causa del susto, Carol casi dejó caer la escopeta.

* * *

Sonó el último chasquido. Drowe exhaló un suspiro de satisfacción.

—Ya está —dijo.

En aquel momento, sintió que algo le tocaba en el hombro.

—Déjame, tú.

—¿Cómo? —preguntó Crogan.

—¡Que no me toques!

—Pero si yo no...

Los dos amigos volvieron la cabeza al mismo tiempo. Casi en el acto,

vieron aquella horrible cosa grisácea que se alzaba ante ellos, informe, hedionda, con unos ojos grandes, rojizos y que despedían una aterradora fosforescencia. La cosa tenía una especie de tentáculos, uno de los cuales estaba apoyado en el hombro izquierdo de Drowe.

Drowe chilló. Crogan, horripilado, dio media vuelta y escapó a la carrera, despavorido, emitiendo gritos inarticulados, mientras su compinche quedaba allí, sujeto por el monstruo.

Al otro lado de la ventana, en el interior de la casa, Carol oyó los gritos y sintió miedo. Lentamente, retrocedió un paso, hasta que su espalda chocó contra la pared. Pero haciendo acopio de valor, quedó en el mismo sitio, con la escopeta sujeta firmemente entre las manos y los dos cañones encarados hacia la ventana de la que procedían aquellos espantosos ruidos.

Los sonidos de lucha duraron algunos segundos. Carol oyó de pronto un grito sofocado. Una mano se agarró a los postigos, pero se separó en seguida. Luego, percibió el inconfundible sonido de algo que se arrastraba por el suelo.

Volvió el silencio. ¿Qué había pasado al otro lado?, se preguntó.

Muy impresionada, aunque no excesivamente asustada, dejó pasar algunos minutos, hasta que creyó que todo posible peligro había pasado ya. Entonces, paso a paso, se acercó a la ventana y la abrió.

La noche era fría, pero clara. Aunque no había luna, Carol tenía la vista sobradamente habituada a la oscuridad.

Fuera de la casa no había nada, absolutamente nada.

Salvo el débil olor del pantano.

Profundamente intrigada, volvió a cerrar y regresó al dormitorio. ¿Qué había sucedido allí? ¿Quiénes eran los autores de aquellos gritos, que denotaban un horror infinito?

Al fin, llegó a una conclusión que la hizo sonreír: se trataba de dos bromistas que habían intentado asustarla.

—Bien, si vuelven a hacerlo, yo les daré también un buen susto —se prometió a sí misma.

CAPITULO IV

El día era claro, radiante. Mientras terminaba de afeitarse, Alan Singer contempló el panorama desde la ventana del cuarto de baño. Dada su posición en el edificio de la posada, podía permanecer, desnudo de medio cuerpo para arriba, sin temor a ser visto por posibles curiosos.

Los campos aparecían estallantes de verdor. Pero en el invierno, o simplemente con tiempo lluvioso, aquella comarca debía resultar deprimente. Además, no todo era tan bonito como parecía. A unos kilómetros, hacia el Oeste, se veía una ligera neblina amarillenta, que estropeaba en buena parte el encanto del paisaje. ¿La ciénaga?, se preguntó.

Minutos más tarde, bajaba al comedor. Martha se presentó muy pronto con el desayuno.

—Buenos días, señor. ¿Ha descansado bien? —saludó cortésmente.

—De una manera maravillosa, como nunca —sonrió Singer—. ¿Qué me dice de Skipp?

—Oh, despertó una hora más tarde y se marchó a su casa. ¿Es que quiere seguir hablando con él? Si lo desea, yo puedo indicarle la dirección..., aunque le aconsejo se bañe antes en desinfectante y, además, use una máscara antigás.

Singer se echó a reír.

—No es amante de la limpieza, ¿eh?

—Si eso de que todos, después de muertos, volvemos a la vida en el cuerpo de un animal, Skipp, cuando resucite, lo hará en forma de cerdo —contestó Martha, a la vez que acanutaba los labios despectivamente—. Es cierto que no lejos de la aldea hay una ciénaga, pero también hay arroyos con aguas claras y limpias. Sin embargo, algunos dicen que es mejor que Skipp siga así; de lo contrario, se produciría una contaminación espantosa.

—El que dice esto, tiene un magnífico humor —comentó Singer—. A propósito, señora Cossidy...

—Llámeme Martha, simplemente —dijo la aludida.

—Bien, Martha, cuénteme algo de la ciénagas Ahí habita ese ser misterioso que aterroriza a la población, ¿no?

—Bueno, aterroriza al que va por allí a molestarle. A mí nunca me ha dado miedo, porque jamás me he situado a menos de dos millas del pantano.

—Ya. Pero ¿no ha habido nunca ningún hombre valeroso que haya intentado...?

Martha hizo un gesto negativo, tan vehemente, que sus senos se movieron tanto o más que la cabeza.

—Yo no recuerdo de nadie que se haya arriesgado a llegar hasta el centro de la ciénaga.

—Temen al ser —murmuró Singer—. Pero, ¿ha matado a alguna persona?

—Hace muchísimos años desapareció un hombre en la aldea. Era un buen cazador y, bien mirado, en la ciénaga hay muchas aves acuáticas. Durante

algún tiempo, Ben McNally estuvo cazando con gran éxito. Incluso llegó a construirse una pequeña lancha, de fondo plano, ya que en la ciénaga hay sitios donde no se puede caminar a pie. Pero un buen día, el perro volvió sin él. Ladraba lastimeramente y parecía aterrorizado, tanto, que se negó a comer y murió una semana más tarde.

—¿Qué fue de McNally?

—Siempre se rió de la leyenda, y puede que cuando empezó a cantar, el ser estuviese en su sueño invernal. Pero los tiros de su escopeta debieron despertarle... y después de un sueño que había durado todo el invierno, McNally fue su desayuno —respondió Martha con macabro humorismo.

—El perro, sin embargo, escapó.

—Bueno, abandonaría la lancha y, a nado, ganaría el suelo firme. Pero no se encontró jamás el menor rastro de McNally. Y ya nadie ha vuelto por allí, créame.

—Gracias, Martha.

Terminado el desayuno, Singer llamó de nuevo a su jefe. El inspector Bernell no sabía nada aún del acompañante de Betty, cuya búsqueda se había iniciado con gran ardor.

—Llámeme a la noche, Alan —terminó Bernell.

—Sí, señor

Singer salió a poco de la posada. El pueblo aparecía completamente tranquilo, entregados sus moradores a las ocupaciones habituales. Tras unos segundos de indecisión, Singer echó a andar en busca de la carretera en cuyas inmediaciones se había producido el suceso en que Betty Thomas había tenido, aunque involuntariamente, un papel muy destacado.

Media hora más tarde, divisó una casa entre los árboles. De una de sus chimeneas salía una leve tira de humo. El pantano se hallaba al otro lado, a no más de mil metros de distancia.

Singer se preguntó qué clase de personas podían tener el humor suficiente para vivir en aquellos parajes. Avanzó un poco más y entonces vio a una mujer en la puerta de la casa.

La mujer le miraba con curiosidad. Tras una leve vacilación, Singer decidió acercarse a ella.

—Hola —dijo amablemente—. Estoy dando un paseo. ¿Vive usted aquí?

—Sí —contestó Carol.

Singer miró a su alrededor.

—Tal vez he entrado en su propiedad, pero no he visto vallas ni rótulos que lo prohíban...

—No tiene importancia. ¿Es usted de Thrigham?

—A decir verdad, no. Estoy pasando unas vacaciones, bueno, las inicié ayer mismo. ¿Es suya la casa?

—Sí. Es una lástima que sea usted forastero —dijo Carol.

—Eso es algo que no lo puedo evitar. Pero, si fuese un nativo, ¿le resultaría beneficioso?

—Según se mire. Anoche, alguien intentó entrar en la casa.
—Oh —dijo Singer—. ¿Algún ladrón?
—Dos, por lo menos.
Carol se separó de la puerta y señaló con la mano uno de los postigos en los que se veían señales inconfundibles.
—Casi habían conseguido abrir, pero, de repente, se marcharon —añadió.
Singer estudió las huellas que aparecían en la madera.
—Se asustarían —supuso—. Si usted les oyó, es seguro que ellos también la oyeron y decidieron que no valía la pena correr riesgos.
—Tengo una escopeta —declaró la joven significativamente—. Pero en la casa no hay nada de valor... a menos que pretendieran arramblar con la vajilla.
—Tal vez hay cubiertos de plata... —apuntó Singer.
—Son buenos, pero no lo parecen. Claro que nunca faltan tipos para los cuales un montón de sábanas, unos cubiertos y un par de candelabros pueden representar algo parecido a una fortuna.
—No, nunca faltan tipos de esa clase —convino el sargento—. Oiga, la ciénaga está muy cerca. ¿No le da miedo?
—¿Por qué? Unicamente el olor, pero el viento no sopla siempre en esta dirección —respondió Carol—. ¿Acaso hay fieras salvajes en el pantano?
—Oh, no, no, habrá serpientes todo lo más, pero son inofensivas para el hombre y, como serán de especies acuáticas, no abandonarán su hábitat. De modo que es usted la dueña...
—En efecto Esta casa pertenecía a mi tía Henrietta Brandon, que murió hace algunos meses. Yo la he heredado, puesto que era su único pariente. A propósito, me llamo Carol Endicott.
—Dispénseme —exclamó el forastero—. Me he portado con una notoria falta de educación al no dar mi nombre. Me llamo Alan Singer.
—'Tanto gusto —dijo Carol. Miró fijamente al gallardo joven que tenía ante sí y decidió que podía confiar en él—. ¿Le apetece una taza de té?
—Será un placer, señorita Endicott.
De repente, Singer vio algo que brillaba entre la hierba que había al pie de la ventana. En los últimos tiempos, se dijo, la posesión no había sido cuidada en demasía y ello había permitido el crecimiento anárquico de hierbajos y plantas silvestres.
Inclinándose un poco más, divisó una navaja. Era indudable que había servido para romper la madera del postigo. Sacó su pluma y quitó el capuchón para levantar la navaja, haciendo que la punta se introdujera en el hueco. De este modo, evitaba tocarla con los dedos, lo que hubiese podido borrar huellas dactilares del hombre que la había perdido.
En el mango observó dos iniciales, toscamente grabadas con una punta de metal: H. D. Tal vez en la aldea conocían al dueño, supuso.
De repente, se dio cuenta de que Carol le miraba de una forma extraña.
La muchacha estaba rígida, tensa, un tanto alterada, lo que se advertía en cierta rapidez de su respiración, reflejada inequívocamente en los

movimientos de su esbelto pecho. Singer captó en el acto el significado de aquella mirada.

—Sí, soy policía —confirmó.

* * *

Mientras servía el té, Carol se preguntó si debería confirmar sus problemas al huésped que había aparecido tan inesperadamente en la casa. Pero aquel conflicto, reconoció con amargura, podía volverse en contra suya. Por el momento, lo mejor era callar los motivos de su estancia en la propiedad. Quizá, si la cosa se agravaba...

—Estoy investigando un hecho extraño que sucedió hace ya trece días —declaró Singer poco después—. Por supuesto, señorita Endicott, confío en su discreción con respecto a mi identidad. No es que la investigación haya de realizarse en absoluto secreto, pero mientras pueda, prefiero pasar por un turista en vacaciones.

—Comprendo —dijo ella—. Señor Singer...

—Alan, se lo ruego —sonrió el joven.

—Está bien, como guste. Simplemente, quería decirle que puede estar seguro de que no diré nada. —Carol empezó a llenar las tazas—. ¿Algún crimen espectacular? —preguntó.

—Pues... por ahora, la víctima está viva, pero en estado catatónico. Quiero decir que vive y respira, pero no reacciona a ningún estímulo, ni siquiera a la narcohipnosis, y es preciso mantenerla con vida mediante alimentación artificial. Y, aun así, se teme por su vida, porque va agotándose poco a poco.

—Es curioso —Carol se sentó frente a su invitado—. ¿Qué le pasó?

—Vio algo horrible, se desmayó... y aunque ahora tiene los ojos abiertos, no ha vuelto a recobrar el conocimiento.

—Espantoso —calificó la joven—. Debió de recibir un susto mortal.

—Indudablemente, aunque, por el momento, no hemos logrado saber qué es lo que vio. La víctima, es decir, una muchacha llamada Betty Thomas, hizo una excursión acompañada de un amigo, el cual huyó, dejándola cobardemente abandonada. Ahora estamos tratando de encontrar a ese individuo, a fin de que nos diga qué es lo que vieron y qué produjo un shock tan horrible a la señorita Thomas. El hecho, había olvidado decírselo, sucedió muy cerca de esta casa, a un kilómetro o poco más hacia el norte.

—Lo siento, Alan. Yo llegué anoche, de modo que no he podido ver nada.

—Sí, es lógico. Yo he hablado en el pueblo con dos personas y ambas coinciden en decir que hay un ser misterioso que vive en la ciénaga. Personalmente, creo que debe de tratarse de alguna serpiente acuática, muy vieja y, como es natural, bien alimentada, ya que allí no faltan animales de todas clases. Esa serpiente ha alcanzado un tamaño excepcional y, seguramente, Betty la vio. Puede ser que padezca una fobia congénita hacia los reptiles, lo que explicaría el shock que aún la tiene en estado catatónico.

—¿Una serpiente gigante? —se asombró Carol.

—Opino que puede tratarse de esa clase de animal. Pero, en el mejor de los casos, su tamaño no pasará de los tres metros.

—Un tamaño muy respetable —sonrió la joven.

—Sí, y capaz de impresionar destructivamente a una persona de mente hipersensible a ciertas visiones. Pero si fuese así, habríamos de considerar que su mordedura, salvo la lesión causada por los colmillos, sería inofensiva, ya que no puede ser venenosa. Por otra parte, no es una especie tropical, lo que excluye la posibilidad de enroscarse en torno al cuerpo de una persona. Quizá el reptil se asustó tanto como Betty, pero, claro, tenía la escapatoria de su refugio en la ciénaga —concluyó Singer sonriendo.

—Acaso se aburría y quiso hacer una excursión para alegrar un poco la monotonía de su existencia —añadió ella en el mismo tono jovial—. Pero quizá los ladrones de anoche vieron ese reptil. Oí unos gritos espantosos y luego ruido de algo que se arrastraba por el suelo... Por supuesto, no vi nada; a decir verdad, no me sentía muy tranquila, aunque, desde luego, estaba dispuesta a usar la escopeta que tengo en casa.

—Mujer valerosa —elogió el sargento. Se puso en pie—. He tenido un verdadero placer en conocerla.

Carol acompañó al visitante hasta la puerta.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en Thrigham? —preguntó.

—No puedo dar una fecha fija; como comprenderá, el tiempo de mi estancia en la aldea no depende enteramente de mí —respondió Singer.

Carol permaneció todavía durante unos momentos en la puerta, contemplando la alta silueta del hombre que se alejaba de regreso hacia Thrigham y que se empequeñecía gradualmente. ¿Debía haberle confesado su problema?, se preguntó, repentinamente acongojada.

Pero luego pensó que era muy probable que ninguno de sus antiguos conocidos supiese su parentesco con tía Henrietta, lo cual quería significar que su escondite permanecía en secreto y no la encontrarían allí. Más tranquilizada, dio media vuelta y se metió de nuevo en la casa.

* * *

El inspector Bernell, acompañado de un agente de uniforme, llegó a la puerta y tocó en la madera con los nudillos. Al cabo de unos segundos, alguien abrió y se encaró con él.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre joven, alto, rubio y apuesto, envuelto en una bata corta de felpa azul, debajo de la cual, era evidente, estaba desnudo.

Bernell estudió durante unos segundos al individuo. Luego se presentó y enseñó su documentación.

—¿Es usted Robert Wilcox? —preguntó a continuación.

—Sí, así me llamo —respondió el interpelado—. ¿De qué se me acusa,

inspector?

—No creo que haya que acusarle de nada, por ahora, señor Wilcox. Pero sí desearía hacerle unas preguntas.

De pronto se oyó una voz aflautada en el interior de la casa:

—¿Quién es, Robert?

Un hombre, completamente desnudo, se hizo visible a los ojos de los policías durante un segundo escaso, era ya un tanto maduro, medio calvo y con señales de obesidad en su vientre ya fláccido. Vio el uniforme del acompañante de Bernell y huyó lanzando un chillido casi femenino.

Bernell volvió a mirar a Wilcox, que se había puesto colorado como un tomate maduro. El inspector trató de aparentar normalidad.

—¿Puedo pasar? —insistió.

Wilcox carraspeó.

—Sí, claro...

El agente de uniforme se quedó en la puerta, que Wilcox cerró en el acto. Bernell fue lo suficientemente discreto para no preguntarle por el otro individuo.

—¿Quiere tomar algo, inspector? —dijo Wilcox, servicial.

—No, muchas gracias. Fumaré, si no tiene inconveniente...

—Por supuesto.

Bernell dejo pasar unos segundos antes de volver a hablar.

—Se trata de la señorita Betty Thomas —dijo al fin—. Está en el hospital, inconsciente, a causa de algo que no sabemos qué es, pero que usted sí debe saberlo, puesto que la acompañaba hace trece días, en una excursión que hicieron a un lugar situado cerca de Thrigham. Por cierto, su coche es un «Mini» rojo, matrícula WNZ 443, ¿no es cierto?

Wilcox volvió a enrojecer.

—Sí, inspector. Pero le juro que yo no...

—Sólo quiero que me cuente lo que sucedió —dijo Bernell con voz firme.

De pronto, Wilcox se derrumbó sobre un diván y escondió la cara entre las manos. Sollozaba como un chiquillo, de tal modo, que a Bernell le dio pena y asco a un tiempo.

—Yo... yo la quiero..., pero cuando la vi allí... creí que estaba muerta... Me entró un miedo espantoso y escapé...

Media hora más tarde, el inspector Bernell salía de la casa.

—Un pobre desgraciado, pese a su aspecto —comentó—. Pero también podría intentar curarse —gruñó.

El agente movió la cabeza afirmativamente.

—Eso es lo que yo pienso de más de uno, señor —dijo—. Sin embargó, hoy día, el mundo está completamente al revés: hombres con hombres, mujeres con mujeres...

—Lo cual, en el fondo, no deja de ser una solución al problema de la superpoblación en el planeta —contesto Bernell con amargo sarcasmo.

CAPITULO V

A su regreso a la posada, Singer enseñó la navaja a Martha.

—Se le cayó a un tipo anoche, delante de una de las ventanas de la casa que perteneció a Henrietta Brandon —dijo—. ¿Conoce usted a alguien cuyo nombre responda a estas iniciales?

Martha examinó la navaja con curiosidad.

—Hay un tipo... —dijo pensativamente.

—Parece ser que fueron dos y querían robar —agregó Singer—. Ahora la casa está habitada.

—¡Caramba! Vaya noticia, sargento. Le aseguro que no sabía nada...

—La inquilina, mejor dicho, la propietaria, puesto que era sobrina de Henrietta Brandon, llegó anteayer por la tarde y no se detuvo en el pueblo —explicó el sargento—. Por lo visto, fueron dos los que querían robar en la casa y uno de ellos, yo lo he visto, incluso trató de forzar un postigo con su navaja, pero algo les asustó y echaron a correr. La navaja quedó abandonada en la hierba v...

Martha tomó la navaja y la contempló pensativamente durante unos instantes.

—H. D... —murmuró al cabo—. Sí, tal vez sea Hal Drowe, un vago y un pillo de marca y un sinvergüenza..., lo mismo que su compadre Rex Crogan...

—¿Sabe dónde puedo encontrarlos? —Singer no quena mencionar los ruidos extraños y terroríficos que Carol había oído la víspera. Pero era posible que el suceso tuviese alguna relación con lo que había visto la infeliz Betty Thomas.

—Bueno, esos dos tipos suelen vivir en una cabaña que hay a un cuarto de milla hacia el sur. A Drowe lo echaron de casa de sus padres, porque no podían con él. No es de aquí, por supuesto, sino de un pueblo que hay a unas veinte millas... En cuanto a Crogan, nadie sabe de dónde vino ni nos importa demasiado. Llegó hace algunos años y, al principio, era un buen chico, honrado y trabajador, pero cuando se juntó con el granuja de Drowe...

Singer sonrió.

—Muchas gracias, Martha —dijo—. Iré a ver a esos sujetos... Por cierto, ¿ha vuelto Skipp?

—No, no ha dado aún señales de vida. Seguro que estará durmiendo la borrachera.

—Iré a verle más tarde. Gracias por todo, Martha.

Singer volvió a salir de la posada y caminó a buen paso en dirección a la cabaña donde habitaban los dos supuestos ladrones. Si llegaba a la conclusión de que habían sido ellos los autores de la tentativa de robo, les daría un buen rapapolvo, se prometió.

La cabaña era una construcción hecha en parte de piedras, con el tejado de vigas y ramajes y una chimenea apagada en aquellos instantes. La puerta

estaba entreabierta y amenazaba con desprenderse de sus bisagras en cualquier momento, Al empujarla, los goznes oxidados chirriaron desagradablemente.

La cabaña constaba de una sola pieza, en la que había un par de camastros sucios y desvencijados, además de malolientes. En uno de los ángulos se divisaba un destartalado fogón, sobre el que había amontonados algunos platos sucios. Singer vio también algunos vasos desportillados y un par de jarras con el vidrio empañado por la suciedad. El sargento, asombrado, se preguntó cómo era posible vivir dé modo tan miserable en la Inglaterra actual. Claro que todo dependía de los ocupantes de aquel ruin edificio, de los cuales sólo uno estaba a la vista.

El hombre dormía boca arriba y roncaba ruidosamente. Al pie del camastro había una botella casi vacía, con algunos restos de ginebra.

Singer vio en el suelo un viejo cubo de madera con oxidados aros de hierro, en el que todavía quedaban algunos litros de agua. Sin la menor vacilación, tomó el cubo y vació su contenido sobre la cabeza del beodo.

Rex Crogan se despertó de inmediato, chillando como un energúmeno. A través de sus ojos legañosos divisó a un desconocido y le apostrofó con un escogido repertorio de soeces palabrotas.

Singer le dejó desahogarse. Cuando Crogan, al fin, pareció que perdía el aliento, le enseñó la navaja.

—¿Es suya? —preguntó.

De repente, un vivísimo terror se posesionó de Crogan. Singer, lleno de asombro, le vio retroceder en el camastro y acurrucarse contra el rincón de la pared en el que se hallaba el mueble cochambroso. Los dientes de Crogan castañeteaban como si estuviesen contemplando algún monstruo fantástico.

—Vamos, vamos, cálmese —dijo Singer, tratando de ser persuasivo—. Nadie quiere causarle el menor daño, señor... ¿Es usted Crogan o Drowe?

—Cro...gan... —contestó el individuo—. A Hal se lo llevó el ser que vive en el pantano...

* * *

Singer salió de la cabaña media hora más tarde, hondamente preocupado por el relato de Crogan, ¿Era cierto, se preguntó, que en el pantano habitaba algún monstruo de una especie desconocida? ¿Quién había hablado en alguna ocasión de un ser fantástico que, incluso, podía no haber nacido en la Tierra?

Cuentos, se dijo; leyendas y consejas de viejas. El animal que habitaba en la ciénaga, por grande que fuese, tenía que ser enteramente terrestre, aunque la descripción que el aterrado Crogan le había dado no correspondía a ninguna de las especies vivientes conocidas en la actualidad, Pero el relato del individuo no era demasiado fiable; el suceso se había producido en la oscuridad y el miedo le hacía exagerar, sin duda, no sólo las proporciones de la bestia, sino también su conformación anatómica.

Indudablemente, había algo en el pantano. Pero ¿qué era?

Cuando regresó a la posada, Martha le entregó un papelito.

—Han llamado de Londres —le dijo—. Quieren hablarle cuanto antes.

—Gracias —sonrió Singer—. ¿Ha vuelto Skipp?

—Todavía no, señor.

Singer meneó la cabeza.

—Temo que tendré que ir a verle de nuevo para continuar la conversación —dijo, mientras se encaminaba hacia el teléfono.

Momentos después, estaba en comunicación con su jefe.

—He hablado con el dueño del «Mini» tojo —manifestó Bernell.

—Lo ha encontrado, ¿eh?

—Costó un poco, pero gracias a las tres letras de la matrícula y por eliminación, llegamos hasta Robert Wilcox. Sí, el muchacho ha admitido que hizo la excursión con Betty Thomas. En cierto modo, hay que compadecerle. El se da cuenta de su... defecto y aquel día intentó corregirse. Pero, por lo visto, la naturaleza resultó más fuerte que él y no pudo consumar el acto sexual. Creo que Betty también lo sabía e intentó ayudarle, pero fracasó.

—Esas cosas dan pena —dijo Singer.

—Bueno, cuando se insiste en el tratamiento, aunque no dé resultado por el momento, se puede compadecer al sujeto. Pero la cosa cambia cuando se sabe que ha vuelto a recaer en el vicio del que debiera alejarse como si fuese la peste. Cuando llegué a la casa, estaba con otro individuo, mayor que él, calvo y gordo. Asqueroso, Alan —gruñó Bernell—. De todos modos, esto nos importa poco; es un problema de Wilcox. Lo que sí nos interesaba era saber qué le había pasado a Betty.

—¿Lo ha averiguado?

—Wilcox asegura que no vio gran cosa. Ella se le había adelantado algunos pasos y estaba medio oculta por unos arbustos. Yo diría que Betty quería continuar el «tratamiento», haciéndose perseguir, como si fuese una ninfa de los bosques... bueno, la cuestión es que, de pronto, se encontró Con la bestia. Chilló, perdió el sentido... y Wilcox vio también al animal y se sintió poseído por el pánico. No debe de ser muy animoso, por lo que, creyendo que Betty estaba muerta, echó a correr.

—Bien, jefe, ¿Qué es lo que vio?

—No sabe definirlo con exactitud. Una especie de pulpo gigante, con los tentáculos muy cortos, algo que hedía espantosamente... Por los datos que ha dado parece como si fuese una estrella de mar gigante..., pero con ojos, ¿comprende?

—¿Atacó el ser a Betty?

—No creo. Quizá la bestia se asustó también y huyó...

—Es curioso —dijo Singer pensativamente—. En el caso de Betty, el ser huyó, sin atacarla. Pero anoche atacó a un hombre y se lo llevó para darse con él un festín en su refugio del pantano.

—Alan, ¿qué dice? —exclamó el inspector.

—Lo que oye —respondió Singer.

Y relató a su jefe lo sucedido ante la residencia de Carol Endicott.

Al terminar, Bernell dijo:

—Alan, sea prudente. Procure que no haya pánico, ¿me entiende?

—Sí, señor.

—Si se divulgase la noticia, esa comarca se infestaría de curiosos de todo pelaje y causarían más perjuicios de los que se quieren evitar. Sea discreto, insisto.

—Bien, señor, lo haré lo mejor que pueda. Y, a propósito, ¿qué tal sigue Betty Thomas?

—En el mismo estado, aunque los médicos dicen observar una ligera tendencia a la mejoría. Si lo expresáramos en términos matemáticos, diríamos que es un uno por ciento positivo.

—No está mal. Peor sería un uno por ciento negativo. Jefe, supongo que no habrá abandonado usted el caso Rayburn. Sin que ello sea petulancia por mi parte, me parece más importante...

El caso Rayburn preocupaba al inspector Bernell desde hacía muchos meses, pero, hasta el momento, las investigaciones, que nunca habían sido abandonadas por completo, seguían un curso muy irregular. Singer había llegado a pensar en más de una" ocasión que su jefe no se preocupaba demasiado del asunto.

—Tranquilícese, Alan —contestó Bernell—. A menos que la jubilación lo impida, y todavía me quedan quince años por delante, acabaré por resolver ese maldito caso.

—Así lo deseo, señor —se despidió Singer.

Después de colgar el teléfono, se acercó al mostrador y pidió una cerveza. Martha, la posadera, llenó una jarra y se la puso delante.

—¿Algo de importancia? —preguntó.

Singer captó en el acto el penetrante perfume que se desprendía de la mujer, cuyos ojos aparecían muy maquillados. Martha se había apoyado de codos en la barra y sonreía de un modo peculiar, sin importarle en absoluto la generosa ostentación que hacía de su espectacular escote. Singer calculó que la mujer debía de tener unos treinta y 'cinco años, muy solitarios.

Sonrió.

—Nada de particular; cosas de rutina —respondió. Despachó la cerveza y agregó—: Bien, puesto que la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña..., quiero decir, a casa de Skipp Veurne.

—Póngase una máscara antigás antes de entrar —recomendó Martha mordazmente.

* * *

Cuando se disponía a llamar a la puerta de la casa donde vivía su informador, Alan Singer oyó una voz carraspeante a poca distancia.

—¿Busca a Skipp, forastero?

El sargento se volvió. Delante de él había un hombre de mediana edad, con barba de varios días, cuyos dientes amarillentos sujetaban una vieja pipa de brezo. El individuo vestía pobremente, aunque sus ropas aparecían limpias y bien cuidadas. Sus ojos eran menudos y maliciosos.

—Pues sí, tengo interés en hablar con él, señor...

—Kaze, Silas Kaze —se presentó el sujeto—. Tal vez quiere hablar con Skipp acerca del ser que mora en la ciénaga.

—Me interesa conocer detalles de ese animal. Aterrorizó a una amiga mía y ahora se halla en un hospital de Londres, sin conocimiento. Si llegamos a saber qué clase de bestia es en realidad, quizá podamos curarla.

—Es posible —convino Kaze—. Pero para ello habría que buscar su escondite y eso puede resultar peligroso.

De pronto, Singer se dio cuenta de que el hombre sabía más de lo que aparentaba.

—Señor Kaze, me gustaría hablar con usted extensamente —dijo—. Soy Alan Singer —alargó su mano y Kaze la estrechó con fuerza—. Mi... amiga sufrió una impresión terrible y aún no se ha recobrado, al cabo de catorce días. Creo que usted habrá oído algo al respecto...

Kaze asintió, mientras aspiraba una bocanada de humo.

—Sí, lo contó Skipp. Pero es extraño —dijo.

—¿Qué es extraño? —preguntó Singer.

—El ser no ha abandonado jamás, que se sepa, la ciénaga. Ciertamente, uno puede recorrerla durante días sin que le pase nada, pero si la bestia ataca, será en la ciénaga y no fuera de ella.

—¿La ha visto usted alguna vez?

—Hace años vi los restos de un ternero que se había comido el animal. Era algo horrible, créame. El ternero se separó de la madre y... Bueno, yo vi sólo los huesos, horriblemente rotos, como si una mano gigante hubiese cogido al animal y lo hubiese estrujado cerrando los dedos... Era lo único que quedaba del ternero; todo lo demás, es decir, lo que no eran huesos, había desaparecido. ¡Menudo banquete!

Singer sonrió.

—Sí, desde luego. ¿Qué más, señor Kaze?

—Bueno, si el viejo Jack Merton estuviera vivo, tal vez él podría contarnos muchas cosas de la bestia. Jack vivía en medio de la ciénaga y no la temía en absoluto. Es más, estaba empeñado en cazar al animal.

—Pero no lo consiguió.

Kaze meneó la cabeza.

—No —respondió.

—¿Qué fue de Merton?

—Un día dejó de venir por la aldea, eso es todo lo que puedo contarle, amigo. Ahora bien, si usted tiene interés en este asunto, yo podría guiarle hasta la cabaña.

—No se puede viajar por la ciénaga...

—¿Le gustaría intentar la aventura?

El joven vaciló. No era precisamente timorato, pero la idea de enfrentarse con un peligro desconocido no le gustaba demasiado.

—¿Cómo iríamos hasta allí? —preguntó.

—Si le parece, iré a buscarle mañana a las ocho —sugirió el hombre.

—Trato hecho —resolvió Singer en el acto—. Y ahora, si me lo permite...

Llamó a la puerta de la casa. Kaze se adelantó.

—Deje, yo despertaré a ese borrachín —sonrió.

Empujó la puerta y lanzó un penetrante grito. Pero no hubo respuesta.

—¡Vamos, Skipp, despierta!

El silencio continuaba. Kaze dio un par de pasos en el interior de la casa y, de repente, se detuvo como herido por un raye.

Singer se detuvo al lado de su ocasional acompañante. Como éste, se quedó paralizado por el asombro al ver el espantoso espectáculo que ofrecía Veurne, tendido en su camastro, con las ropas destrozadas, hechas jirones, de tal modo que había quedado completamente desnudo, con una expresión de insuperable horror reflejada en su rostro.

Sobre su pecho desnudo se veían unas extrañas marcas rojizas en hilera. Las marcas tenían forma circular y la mayor era de unos dos centímetros de diámetro. A Singer le recordaron las señales de los tentáculos de un pulpo después de hacer presión sobre la piel de un ser humano.

—Señor Kaze —dijo lentamente—, su teoría de que la bestia no sale de la ciénaga, acaba de caer por tierra.

CAPITULO VI

Una especie de marea de horror y pánico se había extendido por la aldea. Las gentes hablaban en voz baja, como si temieran ser escuchadas por el monstruo que había causado dos víctimas en pocas horas. La noticia de la desaparición de Hal Drowe se había divulgado ya y el temor se había enseñoreado de los habitantes de Thrigham.

Al anochecer, se cerraron puertas y ventanas y ya no se veía un alma por las calles. La taberna se quedó sin clientes.

El último en salir fue Kaze.

—Vendré a buscarle mañana a las ocho, señor Singer. Y no tema; cuando se está prevenido y se tiene una buena escopeta cargada con postas, el monstruo puede ser derrotado fácilmente, sobre todo, si se añade al armamento un par de latas de petróleo. No se preocupe; yo lo tendré todo preparado.

Kaze se marchó. La dueña de la posada se apresuró a atrancar la puerta.

—Al menos, no entrará aquí —sonrió.

—Eso espero —contestó Singer.

Los postigos estaban asimismo cerrados, de tal modo que ni un solo rayo de luz salía al exterior.

—Si no le importa, iré a preparar la cena —dijo Martha.

Singer asintió. Martha le trajo una jarra de cerveza para que entretuviera la espera. El joven quedó muy pensativo, mientras fumaba un cigarrillo.

Aquellas horribles marcas...

En Thrigham no había médico. Tenía que venir desde Spotter Hall y no llegaría hasta el día siguiente. Un par de casos difíciles retenían su atención puesto que la víctima había muerto, su examen podía retrasarse sin perjuicios algunas horas.

De pronto, Singer pensó en Carol Endicott. Aquella joven, sola en la casa... Había podido darse cuenta de que era resuelta y valerosa, pero tales cualidades quizá resultarían inútiles ante el ataque de una bestia feroz, con unas armas naturales irresistibles y mortíferamente eficaces. Se preguntó si habría línea telefónica con Brandon House, nombre de la propiedad.

Dejando de lado sus vacilaciones, se puso en pie y se acercó al teléfono. Levantó el aparato y tocó la horquilla. Una voz resonó de inmediato en sus tímpanos:

—¿Qué número desea, señor?

—Póngame con Brandon House —dijo Singer resuelto, como si diera por hecho la existencia de un teléfono en la residencia de Carol.

—Al momento, señor.

Singer oyó el sonido del timbre a dos kilómetros de distancia. Pareció que Carol no quería contestar, pero de pronto, oyó el «click» característico del inicio de la comunicación.

—¿Quién es.,.?

Singer frunció el ceño. Aquella voz no parecía la de Carol. Además, le dio la sensación de que la mujer titubeaba, como sí no estuviera muy decidida a conversar por teléfono,

—Oiga, soy Alan Singer. Deseo hablar con la señorita Endicott...

—¡Oh, Alan, es usted! —exclamó Carol vivamente—. Perdone, no le había reconocido...

Singer hizo una mueca. Tenía la impresión de que Carol había intentado disfrazar su voz, como si quisiera ocultarse, caso de que el que la llamaba fuese otra persona. Pero no quiso ofenderla con sus suposiciones, que, estimó, podían estar equivocadas.

—Discúlpeme, quizá la he molestado con mi llamada inoportuna. Sólo quería saber cómo se encontraba —dijo.

—Estoy bien, gracias. ¿Sucede algo?

—No, no, nada, en absoluto. Hoy he estado ocupado. Espero poder verla mañana, si no le importa.

—Claro, cuando guste, Alan.

—Gracias, Carol. De todos modos, permítame un consejo: ciérrese bien por dentro y tenga la escopeta a mano.

—Descuide. Gracias a usted por llamarme —se despidió la joven.

Singer, más aliviado, colgó el teléfono. En Brandon House había chimeneas. Se preguntó si el monstruo sería capaz de colarse en el interior de la casa a través de alguno de los cañones de chimenea. Era preciso confiar en la Divina Providencia para que la muchacha no sufriese daño alguno.

Martha vino después con una humeante sopera en las manos. Mientras llenaba el plato de su huésped, se inclinaba constantemente hacia el sargento. Una vez, incluso, uno de sus redondos senos rozó la mejilla de Singer. Cada vez que iba a la cocina, movía provocativamente sus rotundas caderas. Singer no era tonto y se figuró muy pronto las intenciones de la mujer. Era fácil adivinar lo que sucedería más tarde.

Al terminar la cena, encendió un cigarrillo.

—¿Satisfecho? —preguntó Martha,

—Por supuesto. Es usted una magnífica cocinera.

Ella soltó una risita.

—Todos lo dicen, en efecto —contestó—. Pero también poseo otras cualidades.

—¿De veras?

—¿Acaso lo duda?

—No sé, no he tenido ocasión...

Martha se acercó más a la mesa. Estaba fuertemente perfumada.

—Quizá hoy pueda tener esa ocasión —dijo, claramente provocativa.

—Martha, hoy ha ocurrido algo horrible.

—Lo sé, pero ¿qué tenemos nosotros que ver con eso?

—Hombre, sí, pero...

Fila se acercó todavía más.

—La bestia no puede entrar aquí —dijo.

—¿Seguro?

—Seguro, Alan.

La voz de Martha era ardiente, llena de voluptuosas promesas. Podía ser, quizá, demasiado opulenta, pero era una mujer de la que se desprendía una fuerte sensualidad. Singer empezó a sentirse débil.

—Nadie nos molestará... —susurró Martha, a la vez que se inclinaba para acercar sus senos al rostro del huésped—. La noche entera será para nosotros, sin estorbos...

De repente, se oyeron tres fuertes golpes en la puerta de la posada. Fueron tres golpes secos, sonoros, con cierto intervalo entre cada uno de ellos, y los sonidos se expandieron por el interior de la casa con lúgubres ecos.

Martha se enderezó en el acto, a la vez que lanzaba un chillido de pánico. Singer, sobresaltado, se puso en pie.

Los golpes se repitieron. Martha, muy aprensiva, miró a su huésped. El joven se decidió.

—Yo abriré —dijo.

* * *

La puerta giró a un lado. En el umbral, un individuo alto, delgado, casi esquelético, con un pequeño maletín en la mano, miró especulativamente a los dos únicos ocupantes de la posada. Singer apreció que los ojos del recién llegado eran profundos, de mirada magnética, muy hundidos en sus cuencas. La indumentaria era discreta y correcta.

—Buenas noches —saludó con voz cavernosa—. ¿Tienen una habitación disponible? Deseo pasar aquí algunos días...

Singer se volvió hacia Martha. La mujer, todavía muy nerviosa, se retorció las manos un par de veces.

—Sí, sí, señor... Tengo habitaciones... Por favor, ¿quiere firmar en el libro...?

—Claro. Me llamo Alvin Gratt, señora...

—Cossidy, Martha Cossidy. El señor es Alan Singer, de Londres.

Gratt hizo una leve inclinación con la cabeza.

—¿Cómo está usted, señor Singer?

—Es un placer, señor Gratt.

Singer cerró la puerta. Gratt dejó su maletín sobre el mostrador y tomó la pluma que le ofrecía Martha.

—Querrá tomar algo, sin duda —dijo la posadera.

—Gracias, señora; he cenado por el camino. Ahora no que me interesa es descansar.

Martha le entregó una llave.

—Habitación número tres —indicó—. Por aquella escalera...

—Gracias, señora...

—Cossidy, pero todos me llaman por el nombre, Martha. Usted también, señor Gratt.

Una leve sonrisa apareció en los delgados labios del nuevo huésped.

—Muchas gracias, Martha. Señor Singer... —se despidió.

El voluminoso pecho de Martha se distendió poco después, al lanzar un pronunciado suspiro.

—Me he llevado un susto de muerte —confesó, mientras hacía un esfuerzo por sonreír—. Creí que sería el monstruo.

—Esa fiera no llama antes de atacar, Martha —dijo Singer, quien, en su fuero interno, se felicitaba de la oportuna llegada de Gratt. Había estado a punto de sucumbir ante el innegable magnetismo animal que se desprendía de la hermosa posadera. No lo hubiese lamentado después, pero tampoco ahora iba a reanudar el devaneo—. Tengo sueño, Martha —mintió.

Ella hizo una mueca.

—Es la primera vez que maldigo la llegada de un cliente —dijo.

* * *

Silas Kaze fue puntual. Cuando Singer apareció en la puerta de la posada, a las ocho, Kaze estaba ya aguardando, junto a una desvencijada furgoneta, de plataforma descubierta. La pipa del sujeto desprendía nubes de humo azul.

—Buenos días, señor Singer —saludó, cortés.

El joven arqueó las cejas.

—Pensé que iríamos a pie...

—¿Por qué? Hay casi tres kilómetros hasta el punto de la ciénaga en donde nos detendremos para cambiar de vehículo.

Singer arqueó las cejas.

—¿Cambiar de vehículo?

—Claro; mi furgoneta no es precisamente un yate —rió Kaze estridentemente—. Bien, vamos ya.

Singer tomó asiento en la cabina. El motor de la furgoneta emitió unas cuantas explosiones de protesta antes de iniciar su funcionamiento. A Singer le pareció una especie de milagro que aquel cacharro pudiera rodar sin deshacerse en pedazos.

Cuando la furgoneta se ponía en marcha, Singer, movido por un oscuro instinto, levantó la vista hacia las ventanas de la posada. Detrás de una de ellas, vio a un hombre en mangas de camisa.

Alvin Gratt le miraba a él también, de un modo extraño, casi ofensivo. Pero aquella visión desapareció muy pronto de las retinas del joven.

La furgoneta, pese a todo, rodaba a buena velocidad. Pocos minutos más tarde, avistaron Brandon House.

—Silas, pare un momento —pidió Singer.

Kaze puso el pie sobre el freno.

—¿Qué es lo que quiere ver? —preguntó—. La casa está deshabitada desde que se murió la vieja.

—Se equivoca —sonrió Singer, a la vez que se apeaba del vehículo. Simultáneamente, Carol, ataviada con un sencillo vestido, aparecía en la puerta del edificio. El joven corrió hacia ella y le tendió ambas manos—. ¿Cómo se encuentra? ¿Ha pasado bien la noche? —preguntó, ansioso.

Carol hizo un gesto afirmativo.

—Por fortuna, no ha ocurrido nada —respondió—. Pero su llamada me sorprendió muchísimo...

—Tenía motivos para ello, aunque ya le contaré más tarde. Ahora debo marcharme.

Ella dejó de sonreír.

—¿Adónde va? —inquirió.

—A la ciénaga.

Hubo un momento de silencio.

—Tenga cuidado, Alan —dijo Carol al cabo.

—No se preocupe. Llevo conmigo a un experto. Y vamos bien armados, se lo aseguro.

—Así es mejor. Cuando regrese, no deje de llamar a la puerta. Le tendré preparada una taza de té.

—Gracias, Carol.

Los dos jóvenes se estrecharon las manos nuevamente. Singer volvió a la furgoneta, que arrancó de inmediato. Sin quitarse la pipa de la boca, Kaze dijo:

—Una chica muy bonita, pero no sé qué diablos puede hacer en ese caserón.

—Es la heredera de la anterior dueña y ha venido a pasar una temporada de descanso —explicó Singer.

—La verdad, en este mundo, hay gustos para todo —comentó Kaze, irónico—, Claro que, bien mirado, yo vivo en esa maldita aldea...

—Y no lo lamenta, parece.

—A mis años ya, ¿adónde podría ir? Hubo un tiempo en que se me presentaron buenas ocasiones, pero ahora... —Sujetando el volante con una mano, Kaze usó la otra para quitarse la pipa de la boca. Luego escupió a través de la ventanilla. Sacudió la cazoleta, golpeándola contra la parte exterior de la portezuela y añadió—: De todas formas, y si no fuese por la ciénaga, Thrigham sería un lugar muy bonito para vivir.

—Oiga, ¿es que nunca se les ocurrió desecarla? Tal vez eso haría que la bestia saliese de su cubil... Si necesita un medio acuático para vivir, privándola de ese medio, tal vez...

Kaze torció el gesto.

—¿Y quién lo haría? Se necesitarían máquinas excavadoras, hombres, material, ingenieros... y eso cuesta dinero y en Thrigham el dinero no es precisamente lo que más abunda. Ah —exclamó de pronto—, ya hemos

llegado.

La furgoneta se paró. Durante todo el camino, Singer se había preguntado cómo se moverían a través de la ciénaga. Ahora, al ver la barca de fondo que había amarrada junto a la orilla rebosante de cañas y plantas acuáticas, comprendió el significado de la frase «cambio de vehículo».

CAPITULO VII

Singer miró recelosamente a su accidental compañero.

—Usted viene por aquí con frecuencia —dijo.

—A veces —respondió Kaze un tanto ambiguamente—. Nunca falta algo de pesca y algunas aves acuáticas...

Kaze empezó a trasladar a la lancha los trebejos que había llevado consigo. Singer le ayudó en la tarea. Había una escopeta, una caja con cartuchos de repuesto, un par de redes y las dos latas de petróleo que Kaze había mencionado la víspera, además de una bolsa que, dijo el sujeto, contenía algunos bocadillos y un frasquito de buen brandy.

Cuando estuvieron a bordo, Kaze le entregó la escopeta.

—Está cargada con postas loberas —dijo—. Sitúese delante y haga fuego sin vacilar, apenas vea la menor señal de peligro. No le importe gastar cartuchos aunque sea en salvas; hay suficientes municiones de repuesto.

—Está bien.

Singer tomó asiento en un banco situado muy cerca de la proa. Kaze desamarró la embarcación y, en pie, no lejos de la popa, empezó a manejar la larga pértiga que sustituía a los remos que, no obstante, se hallaban en el fondo de la lancha.

El silencio era casi absoluto. De vez en cuando se oía el grito de algún pájaro. Las ramas de los árboles, entre los que abundaban especialmente los sauces, se inclinaban hasta tocar la superficie líquida en muchas ocasiones. Las plantas acuáticas eran asimismo abundantísimas y en numerosos puntos se divisaban trozos que parecían de tierra firme, aunque empapada de humedad.

—No se le ocurra poner el pie en una de esas islitas —dijo Kaze una vez —. Se hundiría irremisiblemente y no podría salvarse.

El olor era denso, nauseabundo. No obstante, Singer llegó a habituarse y dejó de percibirlo. La lancha serpenteaba entre los brazos de agua amarillenta y fétida, de la que, en algunos puntos, se elevaban hilachas de vapor que ascendían muy lentamente antes de fundirse con la atmósfera.

Una vez, Singer divisó una ligera corriente de agua y se lo hizo notar a su guía.

—Oh, es el desagüe de los manantiales que alimentan la ciénaga —dijo Kaze—, El agua va a parar al Cypress Creek, a cuatro millas de aquí, pero en muchos puntos, la corriente se sumerge en la tierra y, de todos modos, el sobrante es muy escaso, insuficiente para conseguir una desecación satisfactoria. Habría que excavar un canal y eso cuesta dinero.

—El municipio debería ocuparse, ¿no cree? La comarca resultaría así más sana y atractiva, me parece.

—El municipio no tiene dinero y, además, ¿por qué iba a hacer algo que compete al dueño? La ciénaga cae fuera de la jurisdicción de Thrigham, ¿no

lo sabía?

—¿Cómo? ¿Este lugar tiene propietario? —se asombró Singer.

—Sí, es la chica que hemos visto antes, pero...

Kaze se interrumpió súbitamente, a la vez que clavaba la pértiga en el fondo y detenía el avance de la barca.

—Cuidado —añadió en voz baja—. Me parece que lo he visto.

Los músculos de Singer se tensaron.

—¿Dónde? —preguntó en el mismo tono.

Kaze se inclinó para dejar la pértiga y asió una de las latas de petróleo.

—Está ahí —susurró—. He visto unas burbujas que son su respiración. Vamos a ver si le hacemos salir...

El petróleo empezó a verterse sobre las aguas y su olor dominó por unos instantes la fetidez de la ciénaga. 6inger, con el dedo sobre el gatillo, buscaba con la vista el lugar donde podía hallarse escondida la bestia.

Kaze vació la segunda lata. Luego preparó una especie de antorcha que había dispuesto previamente. Asió de nuevo la pértiga e hizo que la barca se separase una docena de metros del charco de petróleo que flotaba sobre la superficie. Con el encendedor, prendió fuego a la antorcha y se dispuso a lanzarla.

De repente, lanzó un agudo grito:

—¡Ahí, a su derecha! Dispare, dispare... ¡Nos va a atacar!

Singer se puso en pie, con el arma preparada. Súbitamente, la lancha se agitó con violencia.

La antorcha volaba por los aires en el mismo instante. Singer, desprevenido, abrió los brazos, tratando desesperadamente de mantener el equilibrio. Detrás de él, Kaze chillaba como un energúmeno.

El petróleo se inflamó con tremenda llamarada, justo en el momento en que Singer, perdido el equilibrio por una brusca sacudida de la embarcación, saltaba fuera de la borda.

* * *

La sacudida se había producido hacia adelante y a un lado, de modo que Singer cayó a muy corta distancia del pequeño mar de fuego que se había producido segundos antes. El instinto le hizo sumergirse a gran profundidad, mientras se retorcía sobre sí mismo, a fin de nadar en sentido opuesto a las llamas.

Con las puntas de los dedos rozó un fondo cenagoso, viscoso, agudamente repulsivo. Las ropas le estorbaban pero el momento no era el mejor para aligerarse la indumentaria. Había que alejarse de allí cuanto pudiera.

Por encima de su cabeza se produjo un extraño rebufo. Singer taloneó desesperadamente. Quizá el viento empujaba las llamas en su dirección. El aire empezaba a faltarle en los pulmones y empezó a pensar en la conveniencia de volver a la superficie.

Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió mantenerse todavía unos segundos más bajo las aguas. Pero, al fin, llegó el momento en que la falta de aire se hizo insoportable.

Taloneó hacia arriba. Lo crítico de su situación le hizo olvidar momentáneamente la frialdad de las aguas. Se preguntó qué habría sido de su acompañante.

Al fin, asomó la cabeza fuera y se llenó los pulmones de un aire cálido y pestilente. Volvióse un poco. Las llamas estaban a menos de dos metros de distancia y nadó frenéticamente para alejarse de aquel infierno.

¿Y la bestia?

El ambiente era insoportable. A la hediondez natural de la ciénaga había que unir el olor del petróleo quemado, del que se desprendían espesas nubes de humo negro. Desesperado, miró a su alrededor, buscando la tabla de salvación que era la barca.

¿Se había hundido con su ocupante?

Pero no, estaba allí, a unos quince o veinte metros. Al otro lado, se divisaban unas manos que se agarraban frenéticamente a la borda.

—¡Silas! —llamó.

—¡Señor Singer! —gritó el sujeto.

Singer nadó en aquella dirección. Kaze se esforzó por alzar un poco la cabeza.

—Gracias a Dios que está a salvo —dijo—. Yo también he caído al agua, pero no me atrevía a subir a la barca, temeroso de volcarla...

Singer se acercaba ya a la lancha. De pronto vio algo que flotaba parcialmente sobre las aguas y lo apartó con una mano. Era una de las latas de petróleo, casi completamente hundida, a excepción del orificio de descarga.

Momentos después, se agarraba a la borda.

—Subiremos uno por cada lado de prisa —dijo Kaze—. La bestia está todavía por ahí. Quizá tiene la tripa llena y por eso no nos ha atacado. Pienso que solamente tropezó con la barca y... ¿Listo, señor Singer?

—Sí, Silas.

—¡Ahora!

Momentos después, los dos hombres estaban de nuevo a bordo de la lancha. Sin apenas tomarse un instante de respiro, Kaze empuñó la pértiga y trabajó duramente para alejarse de aquel lugar infernal.

Singer estornudó.

—Me he constipado, creo —sonrió.

—Es lo menos que podía sucederle —dijo Kaze.

Singer vio una manta en el fondo de la barca y se la echó por los hombros. Al hacerlo, divisó las dos latas vacías de petróleo. Fue un detalle que se quedó grabado en su mente, aunque en aquellos momentos no le concedió la menor importancia.

Minutos más larde, tocaban la orilla. Kaze saltó a tierra y ayudó al joven a pisar el suelo firme. La lancha quedó nuevamente amarrada al tronco de un

sauce. Kaze recogió sus trebejos y corrió hacia la furgoneta.

—Vamos —dijo—; tiene que cambiarse de ropa cuanto antes.

El joven asintió. De nuevo volvió a estornudar.

—Me parece que he pillado un buen catarro —sonrió de mala gana.

Instantes después, la furgoneta arrancaba en dirección a Thrigham. Sin embargo, Singer hizo que su guía detuviese el vehículo poco después, al hallarse frente a Brandon House.

—Me quedaré aquí —dijo—. Luego regresaré en el coche de la señorita Endicott.

—Pero... debe cambiarse de ropa...

—Ella suele tener la chimenea encendida —sonrió el joven—. Me secaré al calor de las llamas. Hasta luego, Silas.

—Como guste.

Carol salía ya, atraída por el ruido del motor. Al ver a Singer en estado tan deplorable, lanzó una exclamación de asombro.

—¡Alan! ¿Qué le ha sucedido?

—Luego le contaré —respondió él—. ¿Tiene el fuego encendido?

—Sí. Aunque no es tiempo, la casa se queda fría, sobre todo por las noches, y más después de varios meses deshabitada... —Con gesto resuelto, Carol alargó la mano y asió el brazo de Singer—. Pero no nos quedemos aquí fuera. Vamos, entre.

—Lo único que siento es el «perfume» que me acompaña...

—Empiezo a acostumbrarme —dijo la muchacha de buen humor.

* * *

Singer estaba en pie, de espaldas a las llamas, en mangas de camisa y descalzo, sintiendo el agradable alejamiento de la humedad que le envolvía. Despejar el mal olor costaría un poco más, pero Carol había traído ya un gran botellón de agua de colonia, que serviría para el caso, una vez estuviese completamente seco.

En la mano tenía un vaso con una buena dosis de brandy. Había relatado a la muchacha lo sucedido en la ciénaga V ella se sentía aún pasmada.

—Les atacó la bestia... y consiguieron sobrevivir...

Singer meneó la cabeza.

—Personalmente, creo que no hubo tal ataque, aunque me imagino que Silas divulgará la noticia, adornándola con numerosos comentarios acerca de su valor y de la forma poco menos que milagrosa en que me he salvado. Personalmente —repitió el joven—, creo que se trata de una frustrada-tentativa de asesinato.

Carol estaba sentada y dio un salto.

—¡Alan! ¿Qué está diciendo? —exclamó.

Singer tomó otro nuevo sorbo de brandy.

—Así es, Carol, así opino, con fundadas razones para sostener mis

argumentos —declaró—. Silas gritó que el monstruo nos atacaba, pero yo no vi el menor movimiento de las aguas en las inmediaciones de la barca. Tampoco nos golpeó por debajo, como parece deducirse de las violentas oscilaciones que acabaron por tirarme a la ciénaga, a pocos pasos del petróleo recién incendiado. Cuando me hundí en el agua, procuré sumergirme a la mayor profundidad posible, ya que sabía que el petróleo ardiendo se extendería aún más. Pero cuando estaba rozando el fondo cenagoso con las puntas de los dedos, percibí en la superficie un extraño resoplido. Luego salí y el fuego era aún más extenso, y cuando me disponía a subir a la barca, vi una lata de petróleo semihundida..., la tercera lata, cuando Silas había anunciado que llevaría dos solamente... y dos fueron las que yo vi vaciar sobre las aguas del pantano, y que quedaron en la barca. ¿Lo entiende ahora?

Carol movió la cabeza varias veces.

—Sí, quiso asesinarlo, pero él también cayó al agua —dijo.

—Es lógico. Tenía que volver al pueblo con las ropas mojadas. Hubiera dicho que también él había salido proyectado fuera de la barca, pero, habiendo quedado más cerca, consiguió salvarse. O tal vez ejecutó un balanceo tan fuerte, que no pudo mantener el equilibrio y cayó al agua. Desde su posición, ya no podía hacer nada para matarme. Debía de contar con el fuego, si yo hubiese asomado la cabeza en el centro de las llamas, me habría abrasado la cara instantáneamente y, aunque no hubiese muerto en el acto, hubiera sido más que suficiente para hacerme perder el conocimiento.

—Está bien. Admitamos la teoría del intento de asesinato. Pero ¿por qué quiso matarle?

—Tal vez es que no desea que investigue lo que le sucedió a Betty Thomas —contestó Singer pensativamente—. Pero hay algo muy sospechoso: nadie, en Thrigham, se aventura en la ciénaga. Y, sin embargo, Silas tenía preparada una barca, quizá no nueva, pero sí en perfectas condiciones. ¿No se le hace también sospechoso ese detalle?

—Sí —admitió Carol—. Pero, si hay alguien que no desea que usted investigue, ¿cuáles son sus razones?

—Investigando llegaré a saberlo, ¿no cree? Y, a propósito, ¿sabe que la ciénaga es suya?

Carol parpadeó.

—Alan, usted está de broma —dijo.

—Usted heredó la casa...

—Y unas tierras, aunque no me preocupé demasiado de este detalle, puesto que el abogado me dijo que eran improductivas. Pero no mencionó para nada la ciénaga.

—Silas me lo dijo y no creo que tuviera motivos para burlarse de mí en este aspecto. Carol, consulte con su abogado cuando pueda; si es cierto, usted podría desecar la ciénaga y las tierras se revalorizarían enormemente. Sería costoso, pero con el tiempo, resultaría una inversión valiosísima.

—Lo haré —prometió ella. De pronto, vio que Singer buscaba algo—.

¿Qué le pasa. Alan? —inquirió.

—El tabaco, se me ha mojado...

Carol miró a su alrededor.

—Aquí tampoco hay —dijo—. Subiré a mi habitación; allí tengo unos cuantos cartones. Espere unos momentos, por favor; vuelvo en seguida.

—Sí, Carol.

La muchacha abandono el salón. Singer, prácticamente seco por detrás, se volvió hacia el fuego y alargó las manos. Aunque el tiempo era bueno, se agradecía todavía el calorcillo de los troncos que ardían en el hogar.

Durante unos segundos, estuvo pensando en lo ocurrido y tratando de hallar una explicación congruente para el suceso. Súbitamente, oyó algo que le hizo salir de su abstracción con brusquedad.

Un disparo, un grito de mujer... y el ruido de un cuerpo que caía al suelo.

CAPITULO VIII

Singer abandonó el salón a la carrera y corrió hacia el piso superior, sin preocuparse de sus pies descalzos. Al llegar al corredor del primer piso, vio una puerta abierta, a través de la cual salía Carol arrastrándose.

—Estoy bien —dijo ella a media voz—. El asesino ha fallado por los pelos.

—Un... asesino... —repitió Singer, estupefacto.

—Sí, han querido matarme. Usaba un fusil, creo...

Singer se acercó a la puerta del dormitorio y vio el cristal roto por el proyectil, cuyo impacto se observaba en la pared opuesta. Carol se levantaba ya, muy pálida, pero menos temerosa de lo que hubiera sido lógico esperar en ella.

—Le han tirado desde fuera —dijo él—. Posiblemente, se situó en un lugar elevado... ¿No habrá unos prismáticos en esta casa?

—Sí, en el gabinete de tía Henrietta. Los vi ayer... Iré a traérselos, Alan.

—Quieta, no se mueva. Creo haberla oído en una ocasión que dispone de una escopeta cargada.

—Está sobre la repisa de la chimenea —indicó ella.

—Muy bien. Siga aquí y no se mueva hasta mi regreso.

Singer volvió momentos después y entró en la habitación, acercándose a la ventana con grandes precauciones. La trayectoria del proyectil era muy ligeramente ascendente, lo cual significaba que el tirador se había apostado en un punto situado a cosa de metro y medio más abajo del nivel de la ventana.

De pronto, lo vio. Estaba en un árbol, a unos ciento veinte pasos del caserón, sentado en la horquilla y casi completamente oculto por el ramaje, cosa que hacía muy difícil apreciar los rasgos fisonómicos. En cambio, el fusil de caza, con mira telescópica, resultaba perfectamente visible.

—Ya lo tengo —dijo—. Debe de ser un buen profesional, porque se ha dado cuenta de que falló su primer disparo y está aguardando pacientemente a que usted se deje ver nuevamente.

—¿Por qué no viene a la casa? —se extrañó Carol.

-—Es un buen profesional, repito. Dejaría huellas en la tierra del patio, aparte de que, si sigue en el mismo sitio, tendrá preparada una retirada fácil y sin complicaciones. Pero vamos a ver si le hacemos saltar de su parapeto aéreo.

—¿Cómo, Alan?

—Si pudiéramos construir una especie de maniquí, con sus ropas... Un par de palos en cruz...

—¡Espere! —dijo ella—. Ayer vi en el desván un maniquí de esos antiguos, como los que usaban las modistas para hacer los vestidos en ausencia de las clientes...

—Estupendo. Vaya a buscarlo, pero tenga cuidado al pasar por delante de

las ventanas.

—Sí, Alan.

Diez minutos más tarde, y habiendo procurado en todo momento quedar fuera de la vista del tirador, habían preparado la trampa, añadiendo, incluso, una de las tres pelucas que Carol había llevado consigo en su equipaje.

—Si tiene visor telescópico, no se dejará engañar —alegó la joven.

El vestido era de color amarillo muy claro.

—Antes de que pueda darse cuenta, ya habrá apretado el gatillo, que es lo que yo quiero —dijo Singer. Agarró la escopeta y miró fijamente a la dueña de la casa—. Y, en algún momento, me contará usted por qué asesinarla.

Carol enrojeció vivamente.

—No tengo la menor idea —contestó. Para Singer, sin embargo, era evidente que mentía, aunque se dijo que, con un poco de paciencia, conseguiría saber la verdad.

—Está bien. Haga lo que le indiqué. Aguarde diez minutos exactamente antes de empezar.

—Sí, Alan.

Singer abandonó el primer piso y descendió a la planta baja, para buscar la puerta posterior. Una vez fuera de la casa, se acercó a la esquina y miró hacia el árbol en donde se había apostado el tirador.

Torció el gesto.

—Hemos perdido el tiempo —masculló, enojado.

El árbol estaba vacío. A lo lejos, de pronto, se oyó el ruido de un coche que se alejaba a buena velocidad.

—¡Carol, ya no hay peligro! —gritó, una vez ante la fachada delantera de la casa.

Ella se asomó a la ventana.

—¿Se ha marchado?

—Sí. Parece como si hubiese olfateado la trampa. —Singer echó a andar hacia la puerta—. Tengo que volver al pueblo —declaró.

—Le llevaré en el coche —dijo Carol.

Minutos más tarde, Singer se sentaba junto a la muchacha en el asiento delantero del vehículo. Discreto, no quiso hacerle ninguna pregunta sobre el hecho insólito de que hubiese alguien dispuesto a asesinarla. Ya hablaría en su momento, se dijo.

A su petición, Carol detuvo el coche en la entrada de Thrigham.

—Tenga cuidado —aconsejó, ya en el suelo—. Procure mantenerse alejada de las ventanas y, mejor todavía, tenga las cortinas constantemente corridas. Si nota algo de particular, por poco que sea, llámeme a la posada. Acudiré de inmediato.

—Gracias, Alan —sonrió ella.

* * *

El doctor Stevenson se sentía muy preocupado.

—Francamente —dijo—, yo no creo en la leyenda de un monstruo horrible que habita en el pantano y menos después de haber examinado el cuerpo de la víctima.

Pero esas marcas, los destrozos de su cuerpo...

—Parece como si Veurne hubiese luchado ferozmente antes de sucumbir —apuntó Singer, quien ya había declarado su personalidad al galeno que había acudido a examinar el cadáver desde Spotter Hall.

—Eso es indudable —convino Stevenson—. Ahora bien, yo sigo sin creer en la leyenda. Mire, sargento, un pulpo puede dejar en la piel humana señales de sus ventosas, pero esos órganos no disponen de jugos corrosivos que abrasen la epidermis, mucho menos que produzcan auténticas quemaduras. Todo eso está hecho deliberadamente para engañar a unos incautos aldeanos que creen a pies juntillas en la leyenda de la bestia del pantano.

—Doctor, en Londres hay una chica en estado de shock, por haber visto el monstruo —dijo Singer.

—Resultaría muy útil conseguir que hablase y que contara todo lo que vio. Para mí, desde luego, la muerte de Veurne se debe a otras causas..., y eso voy a averiguarlo haciéndole la autopsia. En Spotter Hall, por supuesto; aquí no dispongo de medios adecuados.

—¿Se va a llevar el cadáver, doctor?

—Esta misma noche vendrá un furgón y mañana, a primera hora, iniciaré los trabajos...

De súbito, se oyeron unos fuertes gritos en el exterior:

—¡Fuego, fuego!

Los dos hombres charlaban en la taberna de la posada, en donde, además, había algunos clientes. Atraídos por el estruendo, salieron a la calle.

—Esto es inexplicable... La casa se ha convertido de repente en una enorme hoguera... No me explico cómo ha podido suceder...

Viendo el color del humo, negro, denso y aceitoso, Singer sí se lo explicaba. Ya no se podría hacer la autopsia al cadáver de Veurne, pensó desanimadamente.

Sin apresuramientos, que sabía iban a resultar estériles, se acercó al lugar del incendio. La casa era un mar de llamas. Alguien, se dijo Singer, había usado el petróleo con gran prodigalidad. Indudablemente, el asesino de Veurne no había esperado un médico dispuesto a hacer la autopsia del cadáver. El fuego borraría todo rastro comprometedor.

Algunos vecinos arrojaban cubos de agua a las llamas. Pronto dejaron de hacerlo, cuando se percataron de la inutilidad de sus esfuerzos.

Singer regresó a la posada. Martha estaba sola en la taberna y le miró inquisitivamente.

—El cadáver de Veurne se está quemando —dijo.

—Si —respondió Singer.

—Es lo mejor que podía haber sucedido, sargento.

—¿Cómo ha dicho, Martha?

—Ya lo ha oído. Si Veurne hubiera sido enterrado tal como estaba, podía haber abandonado su tumba, convertido en otro monstruo...

—¡Martha, por favor, no crea en leyendas estúpidas! —Dijo el joven de mal talante—. Este no es un país de vampiros.

Martha se encogió de hombros.

—Sea como sea, es mejor que el cuerpo de Skipp se haya quemado —insistió.

Singer pensó que no habría argumento capaz de hacer que la mujer se desviase de sus absurdas opiniones y desistió de continuar la conversación en aquel sentido. Era mejor hablar de otras cosas, decidió.

—Está bien, Martha. Ahora, dígame, por favor, ¿qué sabe usted de Silas Kaze?

—¿Cómo ha dicho, sargento?

Singer repitió el nombre. Martha movió la cabeza negativamente.

—No lo conozco —dijo.

—Pero eso es imposible... Ha estado bebiendo conmigo, fuimos a la ciénaga juntos... También me acompañaba cuando descubrimos el cadáver de Veurne, Martha.

—Sí, es cierto, pero no lo había visto en Thrigham hasta ayer —respondió la posadera con firme acento.

Singer frunció el ceño. Si alguna duda quedaba en su ánimo acerca de la tentativa de asesinato, las palabras de Martha acababan de corroborar sus sospechas, convirtiéndolas en absoluta certidumbre.

Porque Kaze se había hecho pasar por nativo y lo había conseguido fácilmente ante quien era forastero y, con toda lógica, no podía conocer a todos los habitantes de la aldea. Y puesto que hasta entonces no se le había ocurrido hacer ninguna pregunta acerca del individuo, nadie le había dicho, por tanto, la verdad sobre el presunto conocedor de la ciénaga;

—¿Qué le sucede, sargento? —preguntó Martha, en vista de su prolongado silencio.

Singer agitó una mano.

—Nada de particular —contestó—. Sencillamente, llegué a creer que Kaze era de aquí, del pueblo.

—Pues no, y puede preguntar a cualquiera...

Alguien entró en la posada en aquellos instantes.

Era Gratt.

—Hola —saludó cortésmente—. He visto un incendio...

—Sí, y había un cadáver, pero se habrá carbonizado a estas horas, señor Gratt —respondió Martha—. ¿Quiere algo de beber?

—Un whisky, señora.

—Sí, al momento.

Gratt miró al joven.

—¿Cómo se encuentra, señor Singer? —saludó—. Le invito a una copa.

—Gracias, pero no me apetece. Es usted muy amable, señor Gratt.

—Lo siento, mi invitación era sincera. Señora Cossidy...

—Martha, por favor —dijo la posadera.

—He paseado un poco, quizá excesivamente, y estoy desacostumbrado. ¿Tendrá la bondad de servirme la cena en mi habitación? Quiero acostarme muy pronto y...

—Por supuesto, señor Gratt —accedió Martha, a la vez que ponía la copa delante del huésped—. ¿Le gusta Thrigham?

—Sí, aunque temo haberme equivocado con el clima. Cuando me informaron de que era un lugar excelente para descansar, no me hablaron para nada de la ciénaga. De todas formas, es un poco prematuro para conocer los resultados sobre mi salud.

Gratt despachó la copa de un trago y dirigió una inclinación de cabeza hacia el sargento.

—Buenas tardes, señor Singer —se despidió Martha hizo un comentario irónico cuando Gratt hubo desaparecido en el primer piso:

—Si vino aquí para perder grasas caminando, se quedará en la piel y los huesos antes de haber recorrido diez millas.

Singer soltó una risita.

—Quizá son los nervios, mujer —dijo—. ¿Puedo usar el teléfono?

—Claro.

Algunos individuos entraron en la taberna y Martha se apresuró a servirles unas copas. Cuando desaparecía en el cuartito en donde estaba el teléfono, Singer oyó una frase que le hizo sentir escalofríos:

—El pobre Skipp ya no es más que un montoncito de cenizas.

* * *

—Aunque no tenía mucha confianza en ello, Wilcox acudió por fin al hospital. El doctor Cartford estuvo presente en la visita, pero esto no ha servido para nada; el shock persiste.

—Lastimoso —comentó Singer a través del hilo telefónico.

—Wilcox se ha ratificado una vez más en su declaración sobre el monstruo. Yo ya no sé qué pensar —dijo el inspector Bernell—. Si es cierta la existencia de esa bestia, debe de ser de una especie rarísima...

—Bien, pero, en todo caso, ¿cómo es que Wilcox no sufrió el mismo shock?

—Bueno, él iba mucho más retrasado... Según parece, Betty casi se estrelló contra el animal... Recuerde que corría delante de él, desnuda, como una ninfa, tal vez para excitarle... Lo vio, cayó redonda... y Wilcox huyó como si lo persiguiese el mismísimo diablo. En fin, siga investigando, Alan.

—Sí, señor. —Singer había informado ya a su superior de todo lo sucedido, excepto de la tentativa de asesinato contra Carol. Por el momento, prefería reservarse la noticia—. Ah, jefe, ¿qué hay del caso Rayburn?

—Algo muy extraño, y quizá pudiera conducirnos a la solución. Su fulana ha desaparecido y mis confidentes me han informado de que la están buscando desesperadamente. Incluso hay quien me asegura que Rayburn ha encontrado un «ejecutor» para quitarla de en medio.

—Puede ser —convino el joven—. Rayburn tuvo siempre malas pulgas. ¿Se sabe cómo se llama esa prójima?

—Sí. Carol Endicott.

Singer sintió que perdía la respiración

—Ha dicho.

—Carol Endicott —repitió el inspector—. ¿Le suena ese nombre?

—Un poco —dijo Singer, eludiendo la respuesta concreta—. Oiga, si es cierto que Rayburn ha contratado un pistolero profesional, ¿puede decirme su nombre?

—Bueno, no he llegado a averiguar tanto, pero sé que es un tipo muy alto, delgado, de ojos profundamente hundidos y aspecto cadavérico.

Singer volvió a llenarse los pulmones de aire. Ahora va no le cabía la menor duda de la identidad del autor del disparo realizado aquella misma mañana contra la muchacha.

—Gracias, jefe. Volveré a llamarle mañana.

Colgó el teléfono y salió de nuevo a la taberna, ahora llena de gente que hervía en comentarios. Encendió un cigarrillo y miró hacia arriba.

Sí, el «ejecutor» estaba en la posada, dispuesto a cumplir el «contrato». Pero ¿qué importancia tenía Carol para Rayburn?

¿Acaso sabía algo la joven que podía comprometer gravemente a un individuo hábil y escurridizo, que durante años enteros había sabido eludir todos los esfuerzos de los servidores de la ley para situarlo fuera de la circulación?

Lo peor de todo, se dijo amargamente, era que se sentía muy desilusionado con Carol. «La fulana de Rayburn», había dicho el inspector.

Meneó la cabeza.

—Está visto que hoy en día no se puede confiar en nadie —murmuró.

Y para consolarse un poco, pidió un doble de whisky. Aunque, por supuesto, no pensaba emborracharse.

Fuese lo que fuese Carol, no podía permitir que alguien la suprimiese del mundo de los vivos.

CAPITULO IX

De repente, Carol creyó oír un ruido sospechoso, que resonó siniestramente en la absoluta quietud de la noche.

Estaba en su habitación, con ropas de noche, pero encima de la cama y con un libro en las manos. Antes de retirarse, había comprobado bien que todas las puertas y los postigos estaban cerrados. Pero aquel ruidito…

Transcurrieron unos minutos. En algún lugar de la casa, crujió una tabla vieja.

Carol ya no lo dudó más. Alguien había entrado subrepticiamente.

Saltó de la cama y metió los pies en las zapatillas. Luego se asomó al corredor.

De nuevo había vuelto el silencio. Carol no se sentía tranquila, sin embargo.

El vestíbulo estaba iluminado por una lámpara de escasa potencia, suficiente, sin embargo, para poder moverse por la casa sin dificultad. Carol inició el descenso de la escalera. A mitad de camino, se dio cuenta de que había olvidado su revólver en el cajón de la mesilla de noche.

Era igual, se dijo; tenía la escopeta de la chimenea. Continuó su descenso y llegó al salón, en donde, sin dilaciones, se dispuso a descolgar el arma.

Todo parecía tranquilo, de tal modo, que llegó a preguntarse si no se sentía demasiado aprensiva. Tal vez sus nervios estaban sobreexcitados. Pero, de repente, cuando sus manos rozaban ya la escopeta, se detuvo, rígida, absolutamente inmóvil, repentinamente convertida en una estatua en la que ni siquiera se advertía la respiración.

Sus ojos estaban hipnóticamente fijos en el arma. Lo recordaba muy bien: hasta entonces, los cañones apuntaban hacia la pared en la que se hallaba la puerta de acceso al salón, Pero ahora la escopeta estaba colocada a la inversa, con los cañones en posición diametralmente opuesta.

Estuvo así unos segundos. Luego, diciéndose que tal vez, cuando se la enseñó a Alan, podía haber cambiado la posición del arma sin darse cuenta, la descolgó y pulsó la palanca de carga. Los cañones bascularon.

Carol sintió que un helado soplo recorría su espalda. Podía equivocarse en la situación del arma, pero no en lo referente a su carga, ya que el mismo Alan había aprobado que los cartuchos estuviesen en las recámaras. Pero ahora la escopeta aparecía descargada...

De pronto, corrió hacia la consola donde estaba la caja de cartuchos. Casi se desmayó al ver que habían desaparecido.

El arma quedó sobre la consola.

—Aún me queda el revólver —murmuró, a la vez que corría hacia la puerta.

De pronto, oyó un leve chasquido en alguna parte. Aterrada, se dio cuenta de que era cierto, sus sentidos no la habían engañado. Alguien había entrado

en la casa. Quienquiera que fuese, había sabido obrar con suprema habilidad, eliminando el peligro potencial que podía suponer para él una escopeta cargada y abundantes cartuchos de repuesto.

Durante unos segundos, no supo qué hacer. De pronto, tomó una decisión. Llamaría a Alan por teléfono y luego se encerraría en su habitación. Se haría fuerte en el dormitorio, con el revólver y...

El teléfono estaba sobre una mesita, en el vestíbulo. Carol levantó el aparato y golpeó nerviosamente la horquilla varias veces, hasta que percibió la soñolienta voz del operador de noche..

—¿Sí...?

—Por favor, póngame con...

Repentinamente, se oyó un «click». Carol se interrumpió en el acto.

Era muy extraño, se dijo. Con los nervios a punto de saltar, volvió a golpear la horquilla. Pero ya no llegaba ninguna señal por la línea.

Entonces lo comprendió todo: el intruso acababa de cortar el hilo telefónico.

Morbosamente fascinada, miró a su alrededor. No lejos del lugar en que se hallaba, oyó el leve chasquido de un picaporte que se movía. Luego, la puerta que daba a la cocina empezó a girar lentamente.

Carol fijó la vista en la escalera. No llegaría, se dijo, presa de un absoluto terror. La puerta que daba a la cocina estaba mucho más cerca y ya columbraba una oscura silueta que destacaba apenas contra el fondo negro del otro lado.

* * *

De repente, cuantío estaba en su habitación, un tanto irresoluto. Singer oyó el ruido del motor de un coche que se ponía en movimiento.

Inmediatamente, apagó la lámpara y se asomó a la ventana. Un automóvil se alejaba de la posada, sin demasiada velocidad y con las luces apagadas. El detalle se le antojó harto sospechoso.

Singer meditó unos segundos. Luego, pensando que valía más una coladura y una posible reprimenda por parte de un huésped irritado que la indecisión, salió del dormitorio y llegó a la puerta de la habitación de Gratt, que abrió sin titubear.

Encendió la luz. La habitación estaba en completo orden y la cama aparecía intacta. Sin embargo, sobre un cenicero vio la colilla de un cigarro que todavía humeaba.

Ahora ya no le cabía la menor duda: Gratt era el ejecutor. Contratado por Rayburn para asesinar a Carol. Era un hombre listo, astuto; había podido darse cuenta de que su primer disparo había fallado y no había caído en la trampa de disparar de nuevo, para comprometerse. Si se había retrasado algunos minutos en abandonar su puesto de tirador, se debía simplemente al hecho de que quería retirarse con tranquilidad, cosa que había conseguido

fácilmente.

Singer hizo todos sus cálculos en fracciones de segundo. Ahora podía conseguir Gratt su objetivo. Si no se daba prisa...

Echó a correr escaleras abajo y salió a la calle. La luz de la luna proporcionaba abundante claridad. Abrió su coche, se sentó tras el volante y dio el contacto.

El motor permaneció silencioso. Singer se mordió los labios y volvió a accionar el arranque, pero, como la vez anterior, no consiguió nada.

Furioso, se apeó del vehículo y levantó la tapa del motor. Una sorda interjección brotó de sus labios al ver que los cables de las bujías habían sido arrancados a tirones y hechos desaparecer a continuación.

Desesperado, lanzó una mirada a su alrededor. No se veía ningún coche en las inmediaciones...

De súbito, creyó haber hallado la solución. Apoyada en la pared de la posada había una bicicleta. Sin vacilar, salto sobre el sillín y pedaleó con todas sus tuerzas. A los pocos metros descubrió que la bicicleta estaba provista de un farol y lo encendió.

Conocía el camino y procuró alcanzar la mayor velocidad posible, aunque hacía años que no utilizaba semejante medio de locomoción. El asesino, se dijo, había cometido un grave error al no deshinchar los neumáticos de la bicicleta.

Cinco minutos más tarde, avistó la mole negra de Brando House. Se preguntó si llegaría a tiempo.

El coche de Gratt estaba detenido a unos doscientos metros de la casa. Singer calculó que el individuo había debido de cubrir el último tramo con la palanca de cambios en punto neutral, lo cual habría eliminado la mayor parte del ruido del motor. De este modo, podría haber llegado a la casa sin ser advertido.

Unos segundos más tarde, dejaba la bicicleta en el suelo. Desde el lugar en que se hallaba, divisó la fachada, iluminada por la luna. La puerta y las ventanas ofrecían un aspecto enteramente normal.

Singer procuró situarse en el lugar del asesino. ¿Por dónde entrar con mayores facilidades, sin hacer ruido?

Corrió hacia la puerta posterior. Tal como había supuesto, estaba abierta. Inspiró fuertemente y cruzó el umbral en el más completo silencio.

* * *

La puerta terminó de abrirse. Carol, con un apretado nudo en la garganta, que le impedía emitir el menor sonido, miró hacia el hombre alto y delgado que estaba en el umbral. Merced a la luz que llegaba del vestíbulo, el rostro del sujeto parecía una máscara de trapo blanco, en donde solamente destacaban los ojos negros, de brillo siniestro.

Lentamente, el asesino sacó una pistola prolongada en un tubo grueso.

Pero el arma no se había levantado todavía, cuando algo cayó sobre su cabeza, privándole del sentido instantáneamente.

Carol lanzó un gemido y se apoyó con una mano en la mesita para no caer al suelo. Por encima del cuerpo del asesino, vio saltar al sargento Singer.

—¡Alan! —dijo.

Singer corrió hacia ella y la sujetó por los brazos.

—¿Está bien? ¿No le ha ocurrido nada? —preguntó ansiosamente.

Carol meneó la cabeza. Aún no tenía fuerzas para hablar.

—Está bien —añadió el joven—. ¡Vaya al salón; yo me ocuparé de ese asesino. Tómese una copa; la necesita.

—Sí..., sí, Alan...

Singer se reunió momentos después con la muchacha. Carol vio que el sargento llevaba la pistola en un pañuelo.

—No sabe cuánto me alegre de haber llegado a tiempo —dijo Singer, mientras llenaba una copa.

—Pe... pero ¿cómo lo adivinó...? —quiso saber Carol, que no comprendía en absoluto los medios de que se había valido Singer para enterarse de lo que sucedía y llegar tan oportunamente—. Yo quise llamarle a la posada, pero ese horrible individuo había cortado los hilos del teléfono...

—Ah, quiso llamarme... Bien, no hubiera conseguido nada, de todos modos, porque yo ya había salido hacia aquí. Simplemente, me avisaron de Londres que había un hombre que se disponía a asesinarla. Como me dieron su descripción y yo había hablado con él un par de veces, sospeché que podía tratarse del asesino...

Singer relató a la muchacha lo sucedido, hasta el momento de su llegada a la casa. Carol se sentía ya mucho mejor.

—Pero no comprendo.. ¿Por qué quería matarme Gratt?

—Había sido contratado por un hombre llamado Rayburn.

El rostro de la joven se tornó gris. Singer captó en el acto el cambio de expresión.

—Apostaría algo a que usted está aquí huyendo de Rayburn —dijo.

—Sí —admitió ella con voz que apenas podía oírse.

—¿Qué le pasó?

Carol se volvió de espaldas bruscamente.

—Por favor, no me pregunte...

—Tengo que preguntárselo —insistió Singer—, Hace años que vamos detrás de Rayburn y aún no hemos podido echarle el guante. Si él pagó a un asesino profesional para que la eliminase, es que sabe algo que le compromete gravemente.

—¡Pero él no tenía por qué saber que yo estaba aquí!

—Carol, los tipos como Rayburn tienen siempre buenas fuentes de información. Ahora me doy cuenta de que vino aquí para esconderse de él, pero ¿lo hizo solamente por miedo?

Singer apreció que la joven aparecía muy alterada. Calmosamente, llenó de

nuevo su copa y se la entregó.

—Beba un poco —aconsejó.

Carol inspiró con fuerza. Luego tomó un par de sorbos de brandy y, al fin, se volvió hacia el sargento.

—Yo no quería seguir con él —declaró con voz entrecortada—. Sí, es cierto que al principio me gustaba esa vida: placeres, lujos, fiestas, joyas y todo lo que se pueda ambicionar, pero pronto pude darme cuenta del precio tan alto que debía pagar y entonces fue cuando le dije que quería romper con él. Rayburn se echó a reír y me contestó con toda desfachatez que eso era imposible, que nadie se marchaba de su lado si él no lo echaba, nombre o mujer. Entonces fue cuando el abogado de tía Henrietta me localizó y así supe que había heredado la casa, con las tierras y un par de miles de libras.

—Y decidió- cortar por lo sano, huyendo de Londres para establecerse aquí.

—Exactamente. Yo confiaba que él no sabría nunca o, al menos en mucho tiempo, dónde había conseguido esconderme. Cuando me localizase, calculé, habrían pasado semanas o quizá meses, v para entonces ya me habría olvidado, porque no hubiese tardado en encontrarme sustituta.

—Comprendo, pero el hecho es que la ha encontrado muy pronto.

—Y por eso quería matarme...

Singer hizo un gesto negativo.

—No, Rayburn no ordenó matarla sólo porque le había abandonado —contradijo—. En todo caso, habría ordenado a sus matones que le diesen una buena paliza o que le echasen un chorro de ácido en la cara. Los motivos tienen que ser mucho más graves,,., porque usted, insisto, sabe algo que pueda conducirlo a la catástrofe.

Carol se puso las manos en la frente, como si con ello quisiera ayudarse a encontrar los recuerdos dormidos en algún rincón de su mente.

—No sé... —dijo insegura—. Quizá sucedió algunas semanas... Yo estaba en otra habitación y la puerta había quedado entreabierta.. Rayburn hablaba con dos desconocidos... Uno de ellos se quejaba de que tenía dificultades y que necesitaba más dinero para materiales... «0 si no —dijo—, tendremos que abandonar Merton’s Lodge.» De eso me acuerdo muy bien, Alan.

—Merton’s Lodge —repitió el joven—. El Albergue de Merton... ¿Jack Merton, por casualidad?

—No lo sé, Alan.

Singer frunció el ceño.

—¿Qué pasó a continuación? —inquirió.

—Bien, los tipos se marcharon, después de que Rayburn les prometiese darles dinero, aunque no sé exactamente la cantidad. Pero entonces él se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y se enfadó muchísimo y me dijo que si repetía a alguien una sola palabra de lo que acababa de oír, me cortaría el cuello. Yo contesté que no sabía de qué me hablaba y Rayburn pareció tranquilizarse.

—Después, usted le abandonó v se vino a Brandon House.

—Sí, Alan.

Singer movió la cabeza un par de veces.

—No cabe la menor duda —dijo—. Merton's Lodge es un nombre que Rayburn quería mantener secreto a toda costa y para ello lo mejor era contratar a un asesino profesional.

CAPITULO X

Alvin Gratt yacía en el suelo, ya recuperado, con las manos a la espalda y las muñecas unidas por un par de esposas. Cuando el joven se le acercó, sus ojos se inflamaron furiosamente.

—No diga nada —aconsejó Singer—. Le he pillado in- fraganti y nada de lo que pueda alegar le va a servir para liada. Eli primer lugar, tengo su pistola. Hay un par de casos de asesinatos sin resolver, pero creo que las pruebas de balística, ya que se conservan los proyectiles que causaron la muerte de las víctimas, darán un resultado positivo..., bueno, desastroso para usted. Por si fuera poco, he encontrado en su coche un maletín con el fusil despiezado, la misma arma que utilizó para disparar contra la señorita Endicott. Imagino que no va a admitir que fue Rayburn quien le contrató para matarla, pero esto es algo que discutirán usted y su abogado y, por supuesto, los tribunales de justicia. La pena de muerte se ha abolido, pero el gobierno de Su Majestad tendrá mucho gusto en pagarle casa, cama y comida para el resto de sus días, usted se imaginará dónde, ¿verdad?

Gratt soltó una obscena maldición Singer se encogió de hombros.

—Desahóguese, si ve que le sienta bien —añadió—. Ahora póngase en pie.

—¿Adónde me lleva? —preguntó el asesino.

—Lo sabrá en seguida.

Gratt hizo un esfuerzo y se levantó. Singer lo agarró por un brazo, empujándolo hacia una puertecita situada junto a uno de los rincones del vestíbulo. Abrió y encendió la luz, lo que permitió ver un sótano hundido en el subsuelo y con un par de pequeños orificios de ventilación, al nivel del patio exterior.

—Baje.

Gratt descendió de mala gana. Singer había estudiado antes el sótano y descolgó de uno de los muros un rollo de cuerda, con el que ató los tobillos del prisionero.

—Lo siento, pero no puedo consentir que se me escape —dijo, cuando ya ataba el otro extremo de la soga a una de las columnas de mampostería que sostenían la bóveda—. Pasará aquí unas cuantas horas incómodamente, pero considere que está vivo. Yo podía haberle pegado perfectamente un tiro por la espalda y me limité a golpearle con la culata de mi revólver. La diferencia salta a la vista —concluyó el joven.

Resignado, completamente desmoralizado, Gratt se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la columna.

—¿Cuánto tiempo he de permanecer aquí? —preguntó.

—No lo sé. Antes tengo que hacer un empalme en la línea que usted cortó antes de entrar en la casa.

Singer subió al vestíbulo y cerró la puerta con doble vuelta de llave. No

obstante, como no se fiaba demasiado, arrastró un enorme arcón de madera de roble, hasta colocarlo delante de la puerta, que se abría hacia afuera. En el supuesto de que Gratt consiguiera librarse de sus ataduras, iba a resultarle muy difícil salvar aquel obstáculo.

Carol le llamó en aquel momento desde la biblioteca.

—¡Alan, lo he encontrado!

—Ya voy —contestó el joven.

Cuando entró en la biblioteca, Carol estaba inclinada sobre un plano que había extendido encima de una mesa, sujetándolo por los bordes con algunos libros, a fin de evitar que se enrollase. La joven se había cambiado de ropa v ahora llevaba puestos un pullover y unos pantalones largos.

—Bien, usted tenía tazón —dijo ella—. Hay un mapa de las tierras que pertenecen a Brandon House y en el que aparece incluida la ciénaga. Pero ¿qué espera encontrar allí?

—Merton's Lodge, naturalmente, el mismo sitio al que un tipo quería llevarme para siempre.

—Alan, ¿qué hay allí?

—Cuando lo haya visto, se lo diré. —Singer levantó la vista del mapa para mirar a la muchacha, a la vez que sonreía—, Ciertamente, no debe extrañarle que Rayburn haya sabido encontrarla tan pronto. Puede hablarse de una simple casualidad, pero los hechos son así y va no se pueden desvirtuar.

—Le aseguro que no entiendo nada...

—Carol, repito que se trata de una casualidad, pero lo cierto es que Rayburn tiene relación con Merton's Lodge desde hace muchísimos años. Y es muy posible que supiese que usted era familiar de Henrietta Brandon, aunque, como le dije, no tiene nada de extraño, porque siempre ha contado con un formidable servicio de información.

—A mí nunca me dijo nada...

—No le convenía, simplemente. Pero en cuanto supo que usted había desaparecido, se imaginó adónde había podido marcharse, porque apostaría algo a que también estaba enterado de la muerte de tía Henrietta. Claro que no le dijo nada, porque su único error consistió en creer que la tenía bien amarrada, cosa que no era cierta, me parece.

Carol hizo repetidos gestos negativos.

—No, no quiero saber más de él —declaró firmemente.

—Buena chica —elogió Singer, con alegre sonrisa—. Usted ha sabido ver claro a tiempo y apartarse de un camino muy torcido. Con el tiempo, llegará a olvidar todo eso, créame.

—Ojalá sea como dice, Alan.

—Estoy completamente seguro de ello, Carol.

Singer sé inclinó de nuevo sobre el mapa. Carol dijo:

—Alan, si le parece, voy a preparar café.

—Excelente —aprobó él.

Cuando la joven regresó, con la bandeja en las manos, vio que Singer

había trazado una línea sobre el mapa, con lápiz rojo. La línea no era recta, sino que hacía numerosas curvas en distintas direcciones.

—Apuesto algo a que ha trazado la ruta para ir a Merton's Lodge —dijo, mientras llenaba las tazas.

—Ganaría la apresta —contestó él—. Y debo añadir que el nombre de Merton's Lodge, aunque con una base de veracidad, ya que señala el lugar donde hace años vivía un tipo llamado Jack Merton, es sólo un nombre clave para designar el sitio al cual no debe ir nadie que no tenga permiso de Rayburn.

—¿Por qué, Alan? —se extrañó Carol.

Singer tomó un sorbo de la humeante infusión.

—Betty Thomas, Hal Drowe, Skipp Veurne... son personas que, consciente o inconscientemente, habían visto o podían ver algo que para Rayburn podía resultar comprometedor, si lo divulgaban. Y por la misma razón, Silas Kaze, indudablemente un secuaz de Rayburn, trató de asesinarme.

Apuró el café y añadió:

—Estoy seguro de que fue Kaze el que mató a Skipp y luego, cuando se enteró de la noticia de que iban a hacer la autopsia al cadáver, incendió la choza. Kaze había contado sin duda con la superstición de los aldeanos, lo que haría que el entierro de Skipp se realizase sin más dilaciones, pero, por fortuna para nosotros, no fue así.

—Ahora no sabemos de qué murió Skipp —alegó Carol.

—Ya nos lo dirá. Kaze.

—Alan, dígame si le adivino el pensamiento. Usted tiene intenciones de viajar por la ciénaga hasta Merton's Lodge —dijo la muchacha con voz tensa.

—Ha acertado un pleno —sonrió él

—Puede resultar peligroso.

—Lo sé, pero debo hacerlo. Aunque no antes de haber reparado la línea telefónica. Tengo que hablar con Londres, ¿sabe?

La voz de Carol tembló súbitamente.

—Alan, desconozco a fondo el asunto..., pero ¿cree que lo que suceda puede perjudicarme?

Singer negó con vigoroso movimiento de cabeza.

—No, usted no pertenece al selecto círculo del esta- do mayor de Rayburn. El... asunto es cosa de unos cuantos individuos muy escogidos y de absoluta confianza de Rayburn, por lo que debe desechar todos los temores.

—Excepto uno —dijo ella.

—¿Cuál?

—Su viaje por la ciénaga.

—No tengo otro remedio que hacerlo, Carol.

—Pero no solo.

—Oiga, usted no...

—Soy la dueña de estos terrenos, me parece —le recordó Carol un tanto altaneramente.

Singer se rindió.

—Está bien, no puedo negarme —respondió—. Pero, puesto que vamos a ir juntos, convendría que hiciese su parte del trabajo que nos toca. Por ejemplo, preparar un termo con café caliente y una bolsa con algunos bocadillos. No sabemos el tiempo que estaremos fuera y conviene ir prevenidos.

—De acuerdo —sonrió la muchacha—. De todas Formas es un poco pronto, ¿no?

Singer consultó su reloj. Eran escasamente las dos de la madrugada.

—Si —admitió—. Voy a ver si encuentro los cartuchos para la escopeta. Luego empalmaré los hilos del teléfono: la acometida está junto a la puerta posterior y allí es donde Gratt hizo el corte. Conviene que hable con Londres, aunque me imagino que al inspector Bernell le va a saber a cuerno quemado que le despierte a estas horas. Claro que es su oficio..., nuestro oficio.

Dirigió una cálida sonrisa a la joven y salió de la biblioteca.

Al quedarse sola, Carol exhaló un suspiro de alivio. Sentíase descargada del peso que la había abrumado durante los últimos meses. La llegada del sargento Singer, y no precisamente aquella misma noche, había resultado providencial. Preveía para sí misma un futuro más placentero.

* * *

Cargado con algunos trastos, Singer llego a la orilla, acompañado por la muchacha, y se detuvo junto al árbol en el que la barca continuaba todavía amarrada. El ambiente era tétrico, fantasmal; la niebla matutina, en momentos en que el sol no había asomado todavía por el horizonte, envolvía el paisaje casi por completo, difuminando las siluetas de los árboles y borrando la perspectiva completamente a menos de cincuenta metros de la tierra firme. Reinaba un silencio absoluto, interrumpido esporádicamente por el grito de algún ave acuática, gritos que parecían tener un fúnebre significado.

Carol se sintió impresionada por el panorama. En los lugares donde el agua dominaba a la tierra sólida, parecía haber una capa lechosa, en la que se reflejaban apenas los árboles y las plantas que abundaban en el pantano. De cuando en cuando, una burbuja subía lentamente a la superficie y explotaba con sordo chasquido, apenas audible.

Durante unos momentos, los dos jóvenes permanecieron inmóviles, fascinados por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Luego, Singer reaccionó y empezó los preparativos.

Además de su propio revólver de reglamento, llevaba consigo la escopeta v una docena de cartuchos. Carol era portadora de una bolsa con las provisiones. Singer había traído también una pequeña plataforma que era, en realidad, una mesa plegable para excursiones campestres, aunque desprovista de las patas. Lina vez extendida aquella plataforma desenrolló el mapa y lo sujeto con unas cuantas tiras de cinta adhesiva.

—Bien, ya estamos listos —dijo, a la vez que tendía la mano a la muchacha para ayudarla a pasar a la embarcación.

Carol se situó en el banco central, con la escopeta sobre las rodillas, Singer quedo un poco más atrás, con el piano a sus pies y la pértiga en las manos. Había desatado ya la amarra y la embarcación se puso en movimiento inmediatamente.

Durante un buen rato navegaron sin dificultades. Singer movía la pértiga con gran lentitud, ya que debía consultar el mapa frecuentemente, a fin de no extraviarse. Al pasar junto a una isleta, que no era más que un amontonamiento de plantas que emergían fuera del agua, dos ánades emprendieron el vuelo, con gran estrépito de alas batidas con fuerza y graznidos de protesta Carol, sorprendida, lanzó un gritito de sorpresa.

—No tema —dijo el—; sólo son pájaros..., pero lo peor de todo es que no podemos dispararles un tiro para hacernos un buen asado esta noche.

—Me han asustado —confesó la joven.

—Sí, es lógico. Este lugar impresiona, por más valiente que sea uno.

El sol había salido ya y había más claridad, pero sus rayos no traspasaban la impenetrable capa de niebla que flotaba a ras del suelo. En ocasiones, Singer creía que la embarcación se hallaba suspendida en un vacío sideral, como si se encontrasen en otro planeta v no a cien millas escasas de Londres.

En ocasiones, incluso, se veía obligado a retroceder, por haber errado el rumbo. Poco a poco, sin embargo, empezó a persuadirse de que iban por el buen camino.

Hacía ya casi una hora que habían iniciado el viaje, cuando, de pronto, tropezaron con una isleta, en la que había un grupo de Cipreses muy viejos. Según el mapa, debían contornear la isleta por el lado derecho al sentido de la marcha. Singer cambió la pértiga y la proa de la embarcación empezó a desviarse lentamente.

De súbito, Carol lanzó un chillido de terror.

—No grite —dijo él de mal humor—. En estos parajes, los sonidos se perciben desde muy lejos. Vea lo que vea, calle, por favor.

—Es que... —el tembloroso índice de la mano derecha de Carol señalaba uno de los Cipreses—. Mire, Alan..

Singer clavó la pértiga en el fondo y la embarcación se detuvo en el acto. Durante unos segundos, contempló con ojos morbosamente fascinados el esqueleto que yacía sobre los hierbajos, al pie de un gran ciprés.

Era una tétrica visión, que causaba escalofríos. Después de una breve indecisión, Singer optó por arrimar la barca a la orilla.

—¿Lo devoró el monstruo? —dijo Carol con voz trémula

—Si es una bestia tan feroz como dicen, no tiene sentido dejar los huesos...

—Puede que... que no necesite... —Carol se tapó la boca con una mano, porque sentía vivas náuseas.

—Bien, ahora veremos por qué está ahí ese esqueleto.

La barca tocaba ya la orilla. Singer saltó a tierra y ató la amarra a un tocón.

Luego se acerco al esqueleto y lo examinó con profunda atención. En torno a las descarnadas caderas, había un cinturón de cuero semi-podrido, con una hebilla plana, en la que había graba- das unas letras. Singer leyó: T. McN.

Inmediatamente recordó la historia de Tom McNally, el cazador que no había regresado de una de sus excursiones y al que se suponía devorado por el monstruo. Su perro había vuelto, en cambio, aterrorizado, para morir una semana más tarde, sin querer probar bocado ni beber un sorbo de agua.

Singer alargó la mano para coger la hebilla y, al hacerlo, el esqueleto se agitó un poco, lo que provocó el desprendimiento de la calavera. Al contemplar la escena, Carol creyó que se le paraba el corazón.

La calavera rodó unas cuantas veces y produjo unos raides extraños, a pesar del almohadillado de la hierba.

Singer se inclinó y cogió el cráneo con las dos manos. E! orificio que se divisaba en la nuca desmentía claramente la leyenda. Al agitar la calavera, se percibió do nuevo el sonido de la bala que había quedado dentro de la oquedad craneana y que, en realidad, había sido la causa de la muerte de Tom McNally.

CAPITULO XI

—No hay tal leyenda, Carol —dijo Singer al poner la barca nuevamente en movimiento—. Lo mataron de un balazo.

La muchacha estaba enterada del suceso y asintió con la cabeza, va recuperada de la impresión sufrida.

—Bueno, a pesar de rudo, creo que el asesino cometió un error, ya que dejo el cadáver al descubierto —dijo.

—Podrían encontrarse diversas explicaciones —manifestó Singer—. Tal vez hubo un aumento de nivel en las aguas y el cadáver, que después de hundido, pudo aflorar a la superficie, quedó luego en esta isleta. Hemos de tener en cuenta que la circulación no es precisamente densa por estos parajes y han pasado años enteros antes de que nadie contemplara esa osamenta.

—McNally murió asesinado, pero ¿por qué?

—No hay más que una respuesta: vio algo muy comprometedor. Y hubo alguien que estimó oportuno buscar el silencio de Tom, eso es todo.

La barca seguía deslizándose sin dificultades por las aguas, que ahora, debido a la luz, parecían amarillentas. En algunos parajes se elevaban vapores que desprendían una inaguantable fetidez.

—Un día pediré un empréstito, desecaré la ciénaga...

—Y se convertirá en una acaudalada propietaria rural, ¿no es eso? —sonrió Singer.

—La perspectiva no es mala, creo. Alan.

—Ojalá pudiera decirlo yo, Carol.

—¿Dejaría la policía si fuese dueño de estas tierras?

—Ese es un problema que no me he planteado, porque para mí es absolutamente irreal. Perú a usted si le convendría llevar a la práctica esos proyectos.

—Lo pensaré, todavía no...

Carol se interrumpió de pronto. En alguna parte, no lejos de aquel lugar, acababa de escuchar algo parecido a una palmada. Un remo batiendo el agua, pensó de inmediato.

—Cuidado, Alan —dijo.

Casi en el mismo instante, apareció una lancha al otro lado de unas plantas acuáticas. Silas Kaze tripulaba la embarcación y lanzó una siniestra risotada al ver a la pareja.

—Les esperaba —exclamó, a la vez que se inclinaba para coger algo que tenía en el fondo de la embarcación.

—¡La escopeta, Carol! —gritó Singer.

Ella se volvió en el asiento y le tendió el arma. Singer se agachó en el instante en que Kaze hacía fuego con un rifle. En la misma postura, Singer apretó los dos gatillos del arma.

Kaze lanzó un horroroso alarido al sentir en el costado y muslo izquierdos

el impacto de dos docenas de perdigones. Manoteó frenéticamente y, perdiendo el equilibrio, cayó al agua de espaldas, con gran chapoteo de sucias espumas.

El sujeto reapareció casi en el acto, pidiendo socorro con voz desfigurada por unos extraños gorgoteos, debido al agua que había tragado. Singer movió la pértiga; aunque ya estaba seguro de que Kaze era un asesino, no podía permitir que se ahogase.

De repente, se produjo una extraña perturbación en el seno de las aguas. Grandes burbujas subieron a la superficie, explotando en rápida sucesión. La barca en la que se hallaban Singer y la muchacha osciló con violencia.

Singer procuró alejarse del origen de aquellos inexplicables torbellinos. Agarrándose con manos crispadas a la borda, Carol contemplaba aterrada el singular fenómeno.

Kaze alzó los brazos en demanda de socorro. Pero, de pronto, algo tiró de él hacia abajo. El último grito del desdichado se convirtió en un espeluznante «glu-glú», que se cortó instantáneamente, apenas su cabeza hubo desaparecido bajo la superficie.

—¡El monstruo! —gritó Carol.

Singer adivinó que había, un ser que vivía en aquellas aguas turbias y opacas, cuya naturaleza no se podían imaginar siquiera. Lo único que sabían era que resultaba terriblemente peligroso.

La ciénaga hervía como si bajo su superficie se produjese una pequeña erupción plutónica. Aún con los ojos morbosamente fijos eh aquellos espeluznantes remolinos, Singer no dejaba de mover la pértiga un solo momento. Al fin, tras virar en torno a un grupo muy espeso de árboles y plantas, dejaron de ver los siniestros burbujeos.

Durante unos: segundos, no hubo una sola palabra entre la pareja. Tanto Singer como Carol se sentían tremendamente impresionados por el espectáculo que acababan de ver y cuya naturaleza escapaba por completo a sus conocimientos. El único sonido que se percibía de cuando en cuando era un leve chapoteo de la barca al surcar las aguas mefíticas. Incluso las aves acuáticas habían cesado en sus graznidos.

Singer notó que un hilo de líquido corría por su mejilla izquierda. Saco un pañuelo y se enjugó el sudor. Sentada en el banco, inedia vuelta hacia él. Carol le miraba con ojos llenos de temor y el rostro muy blanco.

Ninguno de los dos se atrevía a hablar. No eran capaces de hallar una explicación para el extraño fenómeno, pero ambos sabían que la leyenda había dejado de serlo para convertirse en una realidad incontrovertible. No habían visto al monstruo, pero estaba allí.

Transcurrieron algunos minutos. Singer se sentía muy aprensivo. En cualquier momento, la bestia podía atacarles. Un pequeño empellón sería suficiente para volcar la lancha y...

De pronto, el pequeño canal a través del cual navegaban, pareció ensancharse. Frente a ellos se alzó casi súbitamente una isleta, algo mayor

que las que habían visto hasta entonces. Tenía unos sesenta o setenta metros de anchura y en su centro, a unos cuatro o cinco metros sobre el agua, se alzaba una vieja cabaña de troncos, tablas y techo de tela embreada.

En el lado opuesto se divisaba, amarrada a la orilla, la estructura de una lancha a motor de fondo plano. Al verla, Singer empezó a comprender algunas de las cosas que le habían pasado por alto hasta entonces.

—Ya estamos llegando —anunció.

* * *

La cabaña parecía deshabitada o, por lo menos, no se veía a nadie en sus alrededores. Sin embargo, el joven divisó un ancho tubo de estufa que sobresalía del techo y del que se desprendía un poco de humo, apenas una tenue gasa azulada casi invisible.

Tal vez, se dijo, era la cocina que Kaze había dejado encendida. Como fuera, parecía indudable que el sujeto debía de tener cómplices en la cabaña, por lo que era preciso moverse con el máximo de precauciones. Singer enfiló resueltamente la proa de la barca hacia la orilla y, después del último impulso con la pértiga, atravesó la embarcación y saltó a tierra, con el cabo de amarre en las manos.

—No haga ruido, Carol —aconsejo.

Ató la amarra y tendió una mano a la muchacha para ayudarla a saltar fuera de la lancha. Luego recogió la escopeta, en la que repuso los dos cartuchos consumidos en la breve refriega sostenida con Kate.

Al terminar se volvió en redondo. Entonces diviso a la muchacha en una rara postura.

Carol estaba completamente rígida, con la vista fija en un enorme montón de hierbajos, situado a pocos pasos de la cabaña. A través de la capa vegetal, se veía algo de color grisáceo.

Singer avanzó lentamente y apartó las hierbas, dándose cuenta entonces de que formaban parte de una red de enmascaramiento, debajo de la cual estaba el falso monstruo. Sí, era como lo habían descrito, una especie de estrella de mar gigantesca, construida con gran arte y con unos agujeros en la cúspide, a través de los cuales, calculó, salía la luz que les confería el aspecto de ojos del monstruo.

Bastó una sola mano para dar vuelta al artilugio con el que los ocupantes de la cabaña de Merton habían impresionado a los crédulos habitantes de Thrigham. En la parte inferior había un hueco por el que podía colarse una persona y maniobrar los cables y tirantes, mediante un sistema parecido al de las varillas de un paraguas, por medio del cual se producían los terroríficos movimientos del supuesto monstruo. La oscuridad de la noche, el resplandor de las pupilas, simples linternas, y la predisposición a creer en la existencia de la bestia debían hacer el resto.

—Pero el caso es que la fiera es real —murmuró Singer.

¿De dónde había venido aquel extraño animal? Ahora ya no cabía la menor duda de su existencia. Esto, sin embargo, no era lo malo, sino la necesidad de combatirlo. Pero ¿cómo encontrarlo, dada la enorme extensión de la ciénaga?

Por el momento, se dijo, era un problema secundario. Delante de él tenía uno mucho más acuciante.

Carol le miraba con curiosidad, aguardando sus decisiones. De pronto, Singer echó a andar hacia la cabaña, cuya puerta estaba entreabierta.

Abrió resueltamente. Su sorpresa y desconcierto fueron enormes al ver un espacio completamente vacío, incluso sin muebles. Detrás de él, Carol no se sentía menos asombrada.

De pronto, divisó en el centro del piso una gran trampilla, hecha con recias tablas. Había una anilla de madera y se dispuso a tirar de ella, pero rectificó y se dijo que era una acción que podía resultar inconveniente.

Acababa de ver el tubo de la estufa de un diámetro desusado, que surgía del suelo, junto a la pared opuesta. Al poner la mano sobre el metal, lo encontró caliente.

—Abajo hay alguien —bisbiseó—. Sin duda, ello les ha impedido escuchar los disparos.

—Sí, pero ¿qué piensa hacer? Por pocos que sean, usted es uno solo... —dijo Carol.

Singer sonrió maliciosamente.

—Voy a ver si consigo ahumarlos —contestó—. Venga conmigo; usted se quedará fuera, vigilando.

Abandonaron la cabaña y dieron la vuelta, contorneándola, para pasar al otro lado. Desde allí podían ver la lancha motora con mayor detalle. Era bastante grande e incluso disponía de una pequeña cabina, cuyas ventanas tenían corridas las cortinillas.

Singer entregó la escopeta a la muchacha. Luego, tras una profunda inspiración, tomó impulso, saltó hacia arriba y se agarró con ambas manos al borde del tejado. Flexionó los brazos para izarse a pulso y, un par de segundos después, se hallaba arriba.

Entonces se quitó la cazadora de sarga azul que llevaba y la colocó de modo que cubriese por completo la chimenea incluso doblada, a fin de evitar por completo la, salida de humo. Al hacerlo, percibió el olor característico del gasoil y desde el subsuelo le llegó el tenue rumor de un motor en marcha.

Sujetó bien la cazadora y saltó al suelo. Recuperó la escopeta y miró sonriente a la muchacha.

—Ahora sólo falta esperar a que los ahumados salgan de su madriguera —dijo—. ¡Vamos!

Corrieron a la parte delantera y se situaron junto a la puerta. Menos de un minuto más tarde se levantó la trampilla y sonaron voces irritadas.

Un hombre asomó furioso por el hueco, maldiciendo a otro al que suponía descuidado e incompetente. El que le seguía se defendió con frases vehementes, jurando que él no tenía nada que ver con la avería del motor que,

por lo demás, seguía funcionando perfectamente. Por unos momentos, el olor del petróleo quemado salió apestosamente a través del hueco.

Un tercer individuo se hizo visible, manifestando, al igual que los otros dos, un verdadero mal humor. Uno tras otro los tres sujetos salieron al exterior y entonces fue cuando vieron a Singer que les encañonaba con la escopeta.

—Caballeros, levanten las manos, por favor —dijo el joven—. Soy el sargento de detectives Alan Singer, y les comunico su arresto a partir de este momento.

CAPITULO XII

Tres pares de ojos, que lagrimeaban todavía a causa de la irritación producida por el humo, contemplaron con estupefacción a la pareja, pero todavía más al hombre que se anunciaba como policía. Antes de que ninguno de ellos pudiera hablar, Carol lanzó una exclamación:

—¡Alan, esos dos son los que vi hablando con Rayburn, cuando mencionaron Merton's Lodge!

—Traidora —farfulló uno de los acusados.

—Déjese de imprecaciones —cortó Singer secamente. Movió los cañones de la escopeta—. Ahora, uno por uno, se acercarán a la pared de la cabaña, en la cual apoyarán las manos, para que yo pueda registrarlas convenientemente. Carol, tome la escopeta: dispare sin vacilar al menor movimiento sospechoso. Ah, por si les interesa, deben saber que Silas Kaze está muerto.

Singer no quiso dar más detalles de lo ocurrido. Le convenía que los sujetos creyeran que él era el autor de la muerte de Kaze, cosa que impresionaría mucho más a sus prisioneros. Y, efectivamente, lo consiguió, porque ninguno de ellos opuso la menor resistencia a cumplir sus órdenes.

El primero se acercó a la pared, puso en ella las manos y se dejó registrar pacíficamente. Al terminar, Singer le quitó su propio cinturón para atarle las muñecas a la espalda.

Cinco minutos más tarde, tres abatidos sujetos estaban sentados en el suelo.

—Siga vigilando, Carol; yo voy a ver qué hay aquí abajo.

—Está bien, Alan.

Singer entró en la cabaña y se acercó a la trampilla. Una escalera de peldaños de metal conducía a un sótano situado a varios metros de profundidad. Una vez abajo, Singer pudo ver la notable obra de ingeniería que se había realizado en aquel lugar. Las paredes, suelo y techo de cemento impedían la menor filtración de las aguas de la ciénaga.

Había sido una dura y costosa tarea, pero, se dijo, nadie hacía una cosa semejante, sin esperar la consecución de altísimos beneficios. El sótano disponía de tres literas, una cocina y un gran frigorífico, todo ello accionado por el generador que se veía en un ángulo, cuyos gases escapaban a través del tubo de aireación que él había obturado.

También vio una mesa, en la que había un enorme montón de joyas, muchas de ellas despiezadas. Sobre un paño negro divisó una fascinante colección de piedras preciosas de todas clases. Lo que había allí, calculó, no valía menos de un millón de libras esterlinas.

Pero no era todo. En el ángulo opuesto, divisó una prensa de imprenta y una colección de fajos de papel, de tamaño y color inconfundibles. Singer sonrió satisfecho: al fin habían llegado a la solución del caso Rayburn.

Era el escondite ideal para el desmontaje de las joyas robadas, que

Rayburn debía de comprar a los ladrones a un precio ínfimo. No le faltarían después compradores para las gemas. En cuanto a los metales preciosos, oro, plata y platino, los vendería también, después de' fundidos en lingotes, en algún otro lugar cuya ubicación desconocía. Pero va lo averiguarían, pensó.

Dejó todo tal como estaba y volvió a la superficie.

—¿Ha encontrado algo, Alan? —preguntó la muchacha al verle asomar por la puerta.

Singer dirigió una mirada a los prisioneros, quienes continuaban en la misma posición.

—Sí, lo que ñuscábamos: algo así como un millón en joyas y la imprenta con la que estos tipos querían hacer la competencia al Banco de Inglaterra.

Carol quedó sin aliento.

—¡Falsificadores de moneda! —exclamó.

—Juste mente. Rayburn tocaba todo lo que podía rendirle un beneficio. ¿Quién iba a sospechar que la fábrica de billetes falsos estaba en este lugar? Habíamos registrado más de una vez los diversos lugares en que presumíamos se podían hallar pruebas contra Rayburn, pero jamás pudimos encontrar nada ilegal. Es preciso reconocer que lo tenía bien planeado, incluso contando con la leyenda del monstruo...

Singer calló un instante, porque ahora sabía que la leyenda era realidad, pero no quería divulgarlo ante sus prisioneros.

—Una plancha para un billete se puede grabar fácilmente en cualquier parte —continuó—. Imprimirlos a gran escala ya es más complicado, porque se necesita espacio suficiente y, sobre todo, un lugar que no infunda sospechas. —Miró a los tres prisioneros—. Supongo que el juez será benévolo con ustedes si declaran en contra de Rayburn —agregó.

No hubo respuesta. Singer sonrió.

—Será mucho peor —dijo—. Al gobierno no le agrada la competencia en la fabricación de moneda v los jueces suelen ser muy severos con los falsificadoras. Pero, en fin, ustedes corrían un riesgo y lo sabían desde el primer momento, de modo que no pueden quejarse si han perdido una partida.

—Quizá no la hemos perdido todavía —dijo uno de ellos.

—¿Ah, sí? Por si no lo he dicho antes, deben saber que en Londres ya están avisados y que no tardarán en llegar aquí más policías. He dejado en casa de la señorita Endicott una nota con un mapa que les permitirá llegar sin dificultades hasta este lugar. Después, se las entenderán ustedes con los tribunales de justicia.

Sonó una risita. Asombrado, Singer se dio cuenta de que ninguno de los prisioneros había despegado los labios.

—Es usted demasiado optimista, sargento Singer... —dijo alguien—. No hemos perdido la partida, sino que la hemos ganado.

Carol lanzó un grito de sorpresa. Singer se volvió en el acto.

Rayburn estaba frente a ellos, sonriendo con expresión de triunfo.

* * *

El individuo tenía las manos a la espalda y parecía absolutamente seguro de sus palabras. Singer calculó que Rayburn disponía de una pistola. El tenía también la suya, pero no podrir sacarla antes de que Rayburn hiciera fuego. Claro que estaba la escopeta de Carol, pero la muchacha parecía terriblemente conturbada y era muy posible que no se atreviera a utilizarla en el momento más crítico.

—Es usted listo, sargento —continuó Rayburn, tras un corto intervalo de silencio—. Lo ha descubierto todo, aunque me imagino que esa preciosa muchacha le habrá facilitado una buena información al respecto.

—Sólo en parte —contestó Singer—. Cierto que mencionó este lugar, pero yo ya conocía su existencia. Y también sabía que Kaze cometió un par de asesinatos, a fin de evitar complicaciones. Hal Drowe, Skipp Veurne..., en este caso incluso tuvo el detalle de fingir unas marcas extrañas, a fin de que las crédulas gentes de la aldea pensaran que su muerte se debía al monstruo que habita en la ciénaga. Imagino que debió de emplear unos hierros preparados adecuadamente y muy calientes, aunque lo cierto es que no sé qué sistema empleó para matar a Veurne.

—Un punzón —dijo Rayburn escuetamente—. En cuanto a Drowe créame, no sé quién es ni qué le sucedió, ni tampoco me importa.

Singer se preguntó si el ladronzuelo había muerto de la misma espantosa manera que Kaze. ¿Había llegado el monstruo hasta la puerta de Brandon House?

—Bien, se les podrá acusar de la muerte de Jack Merton — dijo—. Todo el mundo supone que murió devorado por la bestia del pantano, pero yo he encontrado la osamenta y he visto el agujero que la bala causó en su cráneo. Por cierto, el proyectil sigue dentro, y quizá sea uno de los disparados por la pistola de Gratt.

—No fue él —declaró Rayburn hoscamente—, y no me importa lo que le haya podido pasar. Le contraté para una operación y ha fallado miserablemente.

—Está prisionero. Yo pude capturarlo antes de que llevase a cabo esa «operación».

—Es usted listo, sargento. Ha conseguido, incluso, capturar tres prisioneros más, pero cometió el error de no registrar la lancha. Yo dormía en la cabina; padezco de claustrofobia y no me resignaba a permanecer en el sótano sino el tiempo indispensable. De todos modos, pensábamos marcharnos y abandonar este sitio para siempre. Incluso íbamos a volarlo, para no dejar rastros de nuestra presencia. ¿Sabe que hemos fabricado dos millones en billetes?

—Le aconsejo no diga nada. Cualquier declaración suya en estos momentos puede ser tenida en cuenta más adelante...

Rayburn lanzó una estridente carcajada.

—Es usted un ingenuo, sargento —se burló—. Repito que nos vamos a marchar hoy mismo, pero no encontrarán de ustedes el menor rastro.

De súbito, la voz de Rayburn se hizo tensa.

—¡Apártense! —ordenó a sus secuaces.

Los tres individuos, aunque con dificultades, consiguieron ponerse en pie y separarse unos cuantos pasos del lugar en que habían permanecido hasta aquel momento. Singer se quedó quieto, tratando de calcular las reacciones del jefe de la pandilla.

—Rayburn, quiero que sepa una cosa —dijo.

—¿Sí? —preguntó el sujeto altaneramente.

—¿No se le ha ocurrido pensar en Kaze?

—Debe de andar por ahí. Ya volverá; como puede comprender, aún tardaremos un poco en marcharnos. Pero ustedes, se lo aseguro, no podrán impedirlo.

—Kaze ha muerto.

Rayburn se quedó parado un instante, pero no tardó en reaccionar. Encogiéndose de hombros, dijo fríamente:

—Peor para él. ¡Carol, tira la escopeta! —ordenó con brusquedad.

—¡No! —contradijo Singer.

Repentinamente, Rayburn enseñó sus manos. Una de ellas sostenía un cartucho de dinamita, en el que la mecha humeaba de modo harto visible.

—Haz lo que te digo, Carol, o te destrozaré las tripas —exclamó coléricamente.

La muchacha dirigió a Singer una mirada implorante. Singer había podido darse cuenta de la cortedad de la mecha y sabía que la explosión no podía demorarse más allá de sesenta segundos.

Súbitamente, se produjo una terrible agitación en las aguas.

Sonaron unos chillidos de terror.

Algo surgió de la ciénaga. Singer saltó hacia Carol y la apartó de aquel lugar a viva fuerza.

Rayburn se volvió, pero, en el mismo momento, unas cosas que ondeaban en el aire le apresaron por la cintura. El sujeto chilló horriblemente, lleno de pánico, al verse arras nado hacia las turbias aguas, en cuya superficie se divisaban unos ojos enormes, que despedían un insano brillo de malignidad.

Parecía un pulpo, pero no lo era. Aquella bestia no tenía ningún parecido con ninguno de los animales existentes en la Tierra. Sus tentáculos, de enorme grosor, poseían una fuerza descomunal. Rayburn, que gritaba espantosamente, se vio izado unos segundos en el aire.

Inexorablemente, fue arrastrado hacia la ciénaga. Su cuerpo quedó unos instantes sobre lo que parecía ser la cabeza de la bestia.

Luego desapareció parcialmente en el interior del cuerpo y sólo quedaron visibles sus piernas, que se agitaban con frenéticos movimientos. Era una escena horripilante. Singer se preguntó si lo que estaban contemplando no se debía a una pesadilla.

Entonces se produjo la explosión.

Fragmentos de una materia repugnante, mezclados con miembros humanos que despedían chorros rojos en todas direcciones, volaron por los aires. Al olor de la dinamita deflagrada se unió una espantosa fetidez que hacía el ambiente insoportable.

Las aguas se agitaron espantosamente durante unos momentos. Singer miró en aquella dirección y vio los restos del monstruo flotando sobre la turbiedad de la superficie. El cuerpo de Rayburn, horriblemente destrozado, se agitaba sobre las aguas revueltas. Una oleada lo empujó hacia la orilla y allí quedó inmóvil, siniestramente incompleto.

Tendido en el suelo, cubriendo a Carol con su propio cuerpo, Singer contempló la ciénaga durante unos instantes. Los restos del monstruo flotaban sobre las aguas amarillentas, enrojecidas en algunos puntos. De pronto, empezaron a disolverse, deshaciéndose en una repugnante pasta semilíquida que, a los pocos momentos, se hundió en las profundidades de la ciénaga.

De pronto, se oyó una voz a lo lejos:

—¡Alan! ¡Sargento Singer!

El joven se puso en pie y tendió una mano a Carol.

—Va vienen, —sonrió. Alzó la voz—: ¡Aquí, inspector Bernell!

Los tres prisioneros estaban anonadados por lo ocurrido. Ninguno de ellos se atrevió a efectuar la menor tentativa de fuga.

Pocos segundos más tarde, se divisó una barca, en la que viajaban varios hombres. Singer agitó una mano.

—¡Solucionado el caso Rayburn, señor! —informó.

* * *

A la misma hora, en Londres y en el hospital en que se hallaba todavía, Betty Thomas abrió los ojos y lanzó un hondo suspiro. La enfermera que se hallaba a su cuidado corrió presurosamente hacia la canta.

—¡Señorita Thomas!

Betty miró a su alrededor con ojos todavía extraviados. Al cabo de unos instantes, entreabrió sus labios para hablar. Sin embargo, no pronunció la frase de rigor en semejantes circunstancias. No dijo «¿Dónde estoy?», sino:

—¡Tengo hambre!

La enfermera rió jubilosamente.

—Eso es algo que vamos a solucionar en seguida, señorita Thomas —exclamó.

* * *

Un año más tarde, el sargento Singer detuvo su coche y contempló el paisaje con notorio asombro. A lo lejos se escuchaba el rumor de potentes máquinas que trabajaban activamente. Cerca de él corría un arroyo de frescas y murmurantes aguas, por el cauce relativamente hondo que habían trazado

las excavadoras.

La neblina amarillenta que cubría de ordinario aquellos parajes había desaparecido por completo, así como la fetidez. Todavía quedaba gran cantidad de árboles, pero las plantas acuáticas estaban secas, agostadas. En algún lugar, habían sido amontonadas y el humo del fuego que las consumía se elevaba a lo alto.

Ya no había aguas amarillentas ni hediondas. Los trabajos de drenaje estaban dando unos resultados altamente satisfactorios.

Singer reanudó la marcha unos minutos más tarde. Cuando llegaba a la casa, vio salir a su dueña.

—¡Alan! —gritó la muchacha alegremente.

Singer se apeó y tomó las manos que se le ofrecían con toda generosidad.

—Cuánto me alegro de verte de nuevo —dijo.

En los ojos de Carol había un brillo especial. Singer observó que la joven parecía otra. La palidez de su rostro había desaparecido y ahora tenía la tez agradablemente tostada. Singer estimó que no sólo la vida campestre había tenido influencia en aquel agradable cambio. La desaparición de sus problemas había resultado también decisiva en la transformación de Carol, quien se había convertido en una mujer completamente nueva.

—Has tardado mucho, Alan —le reprochó ella.

—Lo siento, pero no quise venir antes.

Carol comprendió el significado de la respuesta y sonrió.

—Está bien, no te preocupes —dijo.

—He visto el paisaje mientras venía hacia aquí, En un año, esto ha cambiado radicalmente, Carol.

—Sí. Conseguí un préstamo y pude contratar los servicios de un buen ingeniero y el personal correspondiente. Me costará mucho, pero creo que saldré adelante.

—Seguro.

—En este caso, no había problemas ecológicos; todo lo contrario, los expertos dijeron que era algo que debía haberse hecho muchísimo antes. No es un lugar de descanso para las aves migratorias, no habrá perjuicios para la fauna y la flora de las comarcas colindantes... y cuando hayamos desbrozado y roturado el terreno adecuadamente, podremos sembrar... Oh, pero, ¿qué importa eso ahora? Alan, ¿quieres entrar a tomar una taza de té?

—Con mucho gusto.

Sus manos estaban unidas al cruzar el umbral. De pronto, Carol se volvió hacia el huésped.

—Alan, ¿qué piensas hacer? ¿Seguirás en la policía? —preguntó.

—Sueno, de momento dispongo de tres semanas para tomar una decisión —contestó él—. ¿Te gustaría que dimitiese?

Los labios de Carol temblaron un instante.

—Tú sabes que yo...

Singer le tapó la boca con una mano.

—Silencio, olvida el pasado —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Carol, con los ojos muy húmedos, hizo un esfuerzo por sonreír.

—Está bien, como quieras, Alan —respondió.

Luego, mientras tomaban el té, Singer mencionó a Betty Thomas.

—Se ha casado, y no con Robert Wilcox, por supuesto —dijo—. Resulta curioso; salió del shock en el mismo instante en que el monstruo moría despedazado por la explosión. Algunos piensan si no era la mente de la bestia lo que mantenía a Betty en coma y, al morir, cesó su influjo y ella recobró el conocimiento. Extraño, ¿no?

—Cierto —convino la muchacha—. Más de una vez me he preguntado de dónde pudo venir aquel ser.

¿Era el resultado de alguna extraña mutación? ¿Vino de algún remoto planeta, perdido en las profundidades del universo?

—¿Quién sabe? —Respondió Singer—. Lo único cierto, a lo que parece, es que Betty sí lo vio y ello fue lo que causo el shock, del que, afortunadamente, pudo despertar. Pero la leyenda era realidad y... ¿se han encontrado rastros del monstruo durante los trabajos de desecación?

—En absoluto. No ha quedado nada. Se disolvió, se desintegró... Ya no existe. Alan. Ahora podemos vivir tranquilos y hasta en Thrigham se respira otro ambiente, y no lo digo por la desaparición de la ciénaga. Hay mas animación en las gentes y la aldea parece como si fuera a resurgir. Ya no hay miedo, Alan.

Singer miró sonriente a la muchacha.

—Tú no tienes miedo tampoco —dijo.

—Quizá... a tu decisión sobre la permanencia en la policía —respondió Carol intencionadamente.

Singer volvió a apoderarse de las manos de la muchacha.

—Creo que tomaré una decisión satisfactoria, para los dos, para nuestro futuro —dijo.

FIN